

ES PRECISO SOÑAR

*Lenin en (y para) el marxismo
latinoamericano*




ATIK
editorial

Jaime Ortega

Jaime Ortega

Es preciso soñar

Lenin en (y para) el marxismo latinoamericano

Atik Editorial



E15D N49-59 y Olivos, San Isidro. Código postal 170515.

Quito, Ecuador

Atik Editorial, es una iniciativa del Centro de Investigaciones CICSAL y está a cargo del departamento de Comunicación y Difusión Científica.

www.atikeditorial.com

ISBN: 978-9942-7331-1-5



9 789942 733115

Citar como (APA 7)

Ortega, J. (2024). *Es preciso soñar. Lenin en (y para) el marxismo latinoamericano*. Atik Editorial.
<https://doi.org/10.46652/atikbook13>



Este título se publica bajo una licencia de Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0) la cual está disponible en: <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

Se debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

Las consultas relativas a la reproducción fuera del ámbito de esta licencia deberán enviarse al Departamento de Comunicación y Difusión Científica de CICSHAL a la siguiente casilla de correo: info@atikeditorial.com

Los enlaces a sitios web de terceros son facilitados por **Atik** Editorial de buena fe y a título meramente informativo. **Atik** Editorial declina toda responsabilidad por el material contenido en cualquier sitio web de terceros al que se haga referencia en esta obra.

Primera Edición: 2024

Jaime Ortega©, Atik Editorial©

Es preciso soñar. Lenin en (y para) el marxismo latinoamericano

It is necessary to dream. Lenin in (and for) Latin American Marxism

É preciso sonhar. Lênin no (e para o) marxismo latino-americano

Editorial: Atik Editorial

Materia Dewey: 196 - Filosofía

Clasificación Thema: QDTS - Filosofía social y política

Público objetivo: Profesional/Académico

Soporte: Digital

Formato: Epub (.epub)/PDF (.pdf)

Publicado: 2024-12-22

ISBN: 978-9942-7331-1-5

Disponible para su descarga gratuita en <http://atikeditorial.com>

Aval de revisión por pares

El presente libro académico fue sometido al proceso de revisión por pares doble ciego. Por lo tanto, la investigación contenida en este libro cuenta con el aval de expertos en el tema, quienes han emitido un juicio objetivo del mismo, confirmando la validez y el nivel del manuscrito, constituyéndose una fuente confiable de consulta.

This academic book has been submitted to a double-blind peer review process. Therefore, the research contained in this book has the endorsement of experts in the field who have made an objective judgment of the same, confirming the validity and level of the manuscript, making it a reliable source of reference.



Autor

Jaime Ortega

Universidad Autónoma Metropolitana | Ciudad de México | México

<https://orcid.org/0000-0002-8582-1216>

jortega@correo.xoc.uam.mx

Jaime_ortega83@hotmail.com

Licenciado en Ciencia Política, Maestro y Doctor en Estudios Latinoamericanos. Autor de libros y artículos. Investiga sobre el pensamiento marxista y la tradición radical latinoamericana.

Resumen

Este libro recupera y reelabora una multiplicidad de ensayos sobre la presencia de Lenin en el marxismo latinoamericano. Destaca las aproximaciones políticas, económicas y culturales que la tradición del pensamiento crítico en la región ha hecho a la obra y figura del revolucionario ruso.

Palabras clave:

Marxismo; marxismo latinoamericano; comunismo; romanticismo

Abstract

This book recovers and reworks a multiplicity of essays on Lenin's presence in Latin American Marxism. It highlights the political, economic and cultural approaches that the tradition of critical thought in the region has made to the work and figure of the Russian revolutionary.

Keywords:

Marxism; Latin American Marxism; communism; romanticism.

Resumo

Este livro recupera e reelabora uma multiplicidade de ensaios sobre a presença de Lênin no marxismo latino-americano. Destaca as abordagens políticas, econômicas e culturais que a tradição do pensamento crítico na região fez da obra e da figura do revolucionário russo.

Palavras-chave:

Marxismo; marxismo latino-americano; comunismo; romantismo.

Contenido

Autor 8

Jaime Ortega 8

Resumen 10

Abstract 10

Resumo 10

Introducción 17

Lenin hoy 17

¿Cómo leer a Lenin después de la *actualidad de la revolución*? 23

De locomotoras y cartas 29

Lenin en América Latina: hacia una teoría de la intervención política 35

De Hanoi a La Habana: un anti-colonialismo revolucionario 49

El último Lenin: pensar el Estado y su construcción 56

Otra forma de la crítica: Lenin en la poesía latinoamericana 62

Referencias 77

[Colección Filosofía]

Es preciso soñar

Lenin en (y para) el marxismo latinoamericano

Introducción

Lenin hoy

En enero de 2023 apareció en la editorial de la State University of New York Press el libro *The future of Lenin: Power, Politics, and Revolution in The Twenty-First Century* editado por Alla Ivanchikova y Robert R. Maclean, dos académicos asentados en Estados Unidos que convocaron a múltiples profesionales de las ciencias sociales, quienes ofrecieron lecturas contemporáneas de la obra del líder ruso. No es, por supuesto, el primer libro editado por un sello de alto prestigio académico, dado que el revolucionario causó obsesión dentro de algunas instituciones educativas norteamericanas durante el clímax de la Guerra Fría. Los trabajos producidos en la Hoover Institution en Stanford University sobre Lenin dan cuenta de ello, así como los fondos que ahí se resguardan y pueden servir para estudiar las miradas desde el núcleo duro de la Guerra Fría. Sin embargo, en el resto del mundo “occidental”, es más bien un autor que aparece por fuera del ámbito universitario, académico e incluso hoy, también del político.

Hace casi 20 años Atilio Borón (2004), escribió que mientras autores como Karl Marx o Antonio Gramsci —hoy sumaríamos a Rosa Luxemburg— comenzaron a ser bien recibidos bajo la estrechez del paradigma académico, no obstante, ello resultaba casi imposible con Lenin. Su nombre, su figura y lo que representaba, no podía ser aprehendido por el mundo burocrático-intelectual, sino a costa de lacerarlo. Si algo pudo ingresar en el mundo académico anglosajón, se debe, en buena medida, a la obsesión propia de la confrontación geopolítica del siglo XX. Pero esto está lejos de representar la totalidad de la producción que se orienta hacia temas de historia política y de historia cultural, aunque difícilmente de teoría política. A nosotros en la actualidad nos interesa un Lenin que pueda dialogar con nuestro tiempo y ello implica asentar las fases por las cuales recorrió su traducción político-intelectual.

Este ensayo pretende mostrar la vitalidad de un personaje a cien años de su ausencia física. En buena medida, responde a obsesiones personales y compartidas por una generación nacida políticamente en la época posterior a la “actualidad de la revolución”. Lenin resulta un personaje fascinante, cuyos biógrafos más recientes (rápidamente traducidos al español), la mayor parte de ellos anti-comunistas confesos, no dejan de mostrar la seducción que les

provoca el revolucionario. Su trayecto, su militancia, las decisiones que tomó, las relaciones que entabló, su férrea creencia en la revolución, pero también su capacidad de adaptación a las circunstancias, resultan aspectos siempre claves para generar esta reacción.

El siglo XX produjo una cantidad importante de trabajos a propósito de Lenin, de los cuales varios fueron traducidos al español y de los que haremos referencia, pues son la base inicial de discusión sobre la cual nos colocamos para producir, aunque no se les confronte directamente. Por supuesto que el estudio serio de su pensamiento y su condición de herencia política indiscutible la inauguró Gyorgy Lukács (1970), sellando una forma interpretativa que discutiremos adelante. Tuvieron que pasar algunas décadas para que aparecieran, en Europa Occidental, algunos de los trabajos más creativos y que valoramos de manera positiva. En Francia apareció el trabajo del belga Marcel Liebman (1978), en dos tomos, mismo que fue traducido al español en la colección “Teoría y praxis” que dirigía Adolfo Sánchez Vázquez, el cual dedicó un capítulo a Lenin en la segunda revisión de su famosa obra *Filosofía de la praxis* (2003). En ese mismo entramado fue puesto en nuestro idioma el del italiano Luciano Gruppi.

A su vez en Italia, Toni Negri (2004), planteó una perspectiva sugerente de Lenin a partir de su propia concepción de la autonomía obrera. Desde la acera política contraria, el comunista gramsciano Luciano Gruppi produjo una obra bien valorada en América Latina y traducida con cierta rapidez (1980). En Francia las obras de Louis Althusser (1970) y su concepción a propósito “línea de demarcación” colocaron a un Lenin por fuera de la “filosofía de la praxis”. En ese mismo sentido la lectura de Dominique Lecourt sobre la posición de Lenin en filosofía, completaron la posibilidad de sacarlo de la trama del marxismo hegeliano, cuestión siempre viviente (Betancourt, 1970, p. 29). Caso contrario, C.L.R James propuso una lectura sistemática de su obra en clave dialéctica (1980). En las visiones críticas, la tesis de Rudi Dutschke (1976), fue un aporte para cuestionar la interpretación de Lukács, aunque su crítica ronda en un orientalismo preocupante.

El siglo XXI trajo algunas novedades, como el caso de la obra de Jean Salem (2010), cuyo prólogo animó mucho del entusiasmo por la figura: Lenin no era solamente el nombre asociado al potente y persistente anti-comunismo francés (el más rabioso de los anti-comunismos), que achacaba al personaje una suma de muertos que cada año se triplicaba sin ningún otro sustento que el afán propagandístico. En Estados Unidos la biografía política de Lars Lih (2014), así como su obra monumental que contextualiza el *¿Qué hacer?* (2006), resultan muy útiles. El anti-leninismo no murió dentro del marxismo, sino que se acrecentó, así, John Holloway —asentado físicamente en México, pero conceptualmente en Europa— y el grupo de “Open Marxism” dedicaron un volumen entero a cuestionar el *¿Qué hacer?* cómo si esta obra expresara la totalidad del pensamiento de Lenin (2003).

Como se verá en el grueso de este libro, hemos dedicado una buena parte de nuestro esfuerzo a rastrear la obra de Lenin en el marxismo latinoamericano, en el diálogo que esta corriente buscó entablar con el revolucionario. Más que cualquier otro dentro de la estela “occidental”, el que se produjo en América Latina resultó —y resulta— el que mejor ha aprovechado a su legado. Tras la revolución cubana de 1959, Regi Debray calificó la ideología del líder revolucionario Fidel Castro como un “leninismo apresurado” y en buena medida, esa premura por la revolución habilitó un conjunto de operaciones teóricas que colocaron a Lenin, de nuevo, a la altura del tiempo histórico. De Caracas a Montevideo, de la Ciudad de México a La Habana, de Buenos Aires a Santiago de Chile, Lenin resultó un revulsivo para replantear cuestiones urgentes en el tiempo de la agitación política. Era un periodo en el que Gramsci no asomaba aún en el horizonte, pues se trataba de un lapso de ofensiva y planteamiento de trazos políticos ambiciosos. Por el contrario, el italiano sirvió más tarde para resistir los embates neoliberales atrincherando a las izquierdas en los resquicios de la política cultural. En España también se dieron intentos de lectura sugerentes, como los del Padre Manuel Foyaca (1971), el de Manuel Vidal Villa (1976), sobre el imperialismo y la lectura crítica que hizo Carmen Claudín (1979), del concepto de cultura; así como la excelente síntesis del gran Francisco Fernández Buey (1977), a quien extrañamos profundamente en estas evocaciones del líder revolucionario.

Algo distingue las importantes y sugerentes monografías de Liebman, Negri, Gruppi y otros autores europeos (y norteamericanos). Mientras que sus condiciones ideológicas no les permiten plantear de entrada la actualidad y potencia de Lenin, suelen hacer un gran rodeo por las condiciones históricas y de debate personal. Esto es muy claro en los dos volúmenes de Liebman, quien demostró un alto conocimiento de la bibliografía sobre el carácter de la revolución, sus debates y sus actores. Algo similar sucede en las otras producciones: la teoría va acompañada de los combates de la vida. En cambio, como se verá, para el marxismo latinoamericano esto era relativamente secundario. Lenin aportó teóricamente y esa contribución no se medía por las condiciones en las que surgió su posicionamiento. Esta es sin duda, una pequeña gran diferencia en la manera en que se trabaja con un autor. Realizamos la lectura de Lenin desde América Latina. Firmemente asociamos esta perspectiva como productiva. De tal manera que en las siguientes páginas no se encontrará una aproximación como las que otros autores han realizado, es decir, del tipo que podríamos denominar el día de hoy como “biografía intelectual”. Así, los valiosos trabajos de Liebman, Gruppi y Negri, están configurados sobre la base de un relato cronológico. El de Liebman destaca por el distinguido conocimiento de la historiografía a propósito de la revolución rusa y sus fases. Algo similar sucede con el más reciente trabajo publicado bajo el prestigioso sello de Monthly Review Press, donde se entrega una exhaustiva obra de biografía intelectual

en la pluma del conocedor Tamas Krauz (2014). Junto a Krauz y Paul Le Blanc (2014), hay una generación nueva de pensadores marxistas acercándose a Lenin, pero con nulo diálogo con las tradiciones latinoamericanas previas. Una buena parte de ese énfasis se debe a los trabajos de Slavoj Žižek (2004), que han sido traducidos al español y gracias a los cuales se ha podido acceder a varios autores y autoras contemporáneos. Amén de todo ello, habrá que colocar atención futura a los trabajos de Claudio Katz producidos al calor del centenario (2024).

Valga la pena decir que nuestro trabajo es un volumen que pretende —y esperamos lograrlo— intervenir en tres ámbitos distintos: una reivindicación productiva de Lenin (es decir, que destaca algunos elementos); una vinculación con la producción del marxismo latinoamericano y, finalmente, una toma de postura a partir de una situación de geopolítica del conocimiento. De tal forma que nuestra pretensión es tramar la construcción de una aproximación que permita tanto leer a Lenin como afrontar los problemas acuciantes de la región latinoamericana, que hasta el momento ha sido el espacio geopolítico donde se han tramado la mayor cantidad de ensayos prácticos, de diverso espesor, de construcción de alternativas. Escribimos esto en la segunda crisis de los gobiernos progresistas, ataviados por una ola derechista que amenaza con echar abajo las conquistas sociales y políticas, pero también la de la crisis del patrón de reproducción neoliberal, que orilla a la re-construcción de las articulaciones entre capital, sociedad, Estado y fuerzas políticas. El neoliberalismo en crisis, activa, de forma paradójica, regiones específicas del pensamiento de Lenin, mostrándolas como actuales en el sentido que se puede pensar a partir de ellas. Añadimos, en una tradición latinoamericana, un capítulo al final sobre el vínculo entre Lenin y la poesía social, tema que, estamos seguros, es una novedad en la bibliografía.

En nuestro contexto, el México de la denominada Cuarta Transformación, permite echar mano de situaciones de crisis de articulación de la forma social tal como el propio Lenin lo develó con su concepto de formación económico-social. Más allá del momento de la “actualidad de la revolución”, es perceptible una nueva configuración de la totalidad y, por tanto, un emplazamiento de las baterías estratégicas y tácticas. Este ensayo ha ido redactándose por fragmentos, pero su presentación articulada se da a finales de 2023 e inicio de 2024. Inició formalmente en 2012, cuando la profesora Elvira Concheiro convocó a un seminario —al cual asistimos unas 4 personas, todas amistades entrañables— bajo el título “Totalidad y política”. Tuvo su acercamiento al marxismo latinoamericano cuando, en el marco de una estancia posdoctoral dedicada al estudio de la recepción de Althusser en América Latina, nos percatamos de la persistencia productiva en torno a Lenin. Posteriormente, en 2020, tuvo un segundo momento cuando se cumplieron los 150 años del

nacimiento de Lenin. Sin embargo, toma un nuevo impulso y sentido en el marco la crisis de las democracias liberales, el ascenso del “momento populista” y los cambios de las relaciones de fuerza. Los llamados de atención de Álvaro García Linera a propósito del “último Lenin” son también parte de la brújula que ha guiado la reflexión.

Durante aproximadamente cinco lustros he acumulado bibliografía sobre Lenin, la revolución rusa y el marxismo latinoamericano, sin que necesariamente estas tres perspectivas converjan. Las formas de trabajo teórico más extendidas no permitían visibilizar algunos de los principales puntos de encuentro entre estos tópicos. Ya fuera por urgencias, modas o preferencias, Lenin quedó relegado. No hay duda de que se gana más en términos de visibilidad entre las izquierdas latinoamericanas con algún libro sobre Rosa Luxemburg, la gran autora que ha tomado relevancia, pero que también ha estado capturada por una versión del autonomismo (la versión latina de esta tradición) que conduce al desastre político de la inmovilidad. A lo largo de estos años, Lenin ha sido una referencia, una lectura obligada y un escape frente a horizontes nada halagadores. Por motivos personales, una parte significativa de la bibliografía acumulada durante estos años no fue posible de usarse, puesto ha quedado enterrada en una anómala mudanza. Empero, creo haber recogido lo más representativo de ella, pues era material que había conservado a la mano, a sabiendas que el impulso por escribir estas páginas estaba a la espera.

Quiero mostrar qué significa encontrar a Lenin en nuestro continente o, parafraseando el exvicepresidente boliviano Álvaro García Linera, un *Lenin en las extremidades del cuerpo social capitalista*. Encuentro en Lenin un componente esencial del marxismo de nuestro tiempo, una perspectiva plebeya, colocada en la ambigüedad, sin resolución hegeliana, sino instalado en la contradicción y el antagonismo. No un Lenin que ha resuelto los problemas, sino que es ambiguo al enfrentarlo, y al hacerlo, improvisa la mayor parte de sus acciones, porque es lo único que se puede hacer en la contingencia del combate. El Lenin que articula este trabajo es aquel que piensa *contra el Estado, con el Estado y más allá de él*. Es un Lenin que detesta el mercado, pero que después lo alienta al percatarse de la universalidad de la forma valor y cómo esto escapa a los designios de la voluntad de quienes se han beneficiado de ella. Es un Lenin que lucha contra el privilegio, pero acepta el lugar del especialista; que mira con desagrado ese regreso del burócrata, pero sabe que es preciso hacerlo para asegurar la potencia democrática del soviét. El Lenin que traigo a cuenta es menos un revolucionario con certezas arraigadas y más un político de lo plebeyo que apuesta a descifrar la contradicción de la coyuntura, aunque atajarlas implique la creación de nuevas contradicciones y, por tanto, la necesidad de intervenir en nuevas articulaciones.

¿Cómo leer a Lenin después de la *actualidad de la revolución*?

Un documento canónico fue producido tras la muerte de V.I Lenin en 1924: el opúsculo *Lenin: la coherencia de su pensamiento* (1970), que en francés lleva el subtítulo “La actualidad de la revolución”. El autor, el reconocido filósofo húngaro Gyorgy Lukács, expone de una manera argumentativa las razones por las cuales Lenin expresa la teoría más adecuada en un tiempo histórico: el de la “actualidad de la revolución”. La pregunta hoy es: ¿cómo acercarnos al autor cuyo principal aporte es la cualidad práctica de realizar una revolución triunfante en una época donde ésta no está al alcance de la mano? ¿Cómo pensar una situación 180 grados distinta sin renunciar a esa herencia o al menos no todo a ella? ¿Cómo, pues, acercarse a Lenin, en nuestro tiempo marcado por la crisis del neoliberalismo?

Este no es un acercamiento arqueológico, no pretendemos exhumar un cuerpo de ideas enterrado bajo los escombros de una muralla, unas estatuas o un palacio. Es, más bien, una apuesta por dialogar con las teorías políticas marxistas de la región latinoamericana. Hablar, como se dice en nuestros días, desde un lugar de enunciación que permita tratar a Lenin como un interlocutor, aporta numerosas claves de la forma de dirimir la actuación de la coyuntura. Pero lo es a costa de cuestionar algunas fijaciones, señas de identidad y marcajes de época.

En buena medida el esfuerzo versa sobre un Lenin después de la “actualidad de la revolución”, es decir, más allá del esfuerzo lukacsiano. Un Lenin que se ancla en la perspectiva de la totalidad no expresiva —es decir, no hegeliana— y como un artífice del pensamiento más allá de la necesidad histórica, esto es, de la primacía de la temporalidad alrededor de la situación política. Porque si algo queremos sugerir es que el Lenin más productivo es el que interviene en la coyuntura, rasgo esencial de su pensamiento y su legado, pero que fue oscurecido por la larga sombra de las legalidades de un *telos*, propia de la filosofía de la historia.

Así, queremos configurar en este primer capítulo, algunos de los elementos fundamentales que condicionaron el pensamiento de Lenin y de los principales planteamientos que mediaron alrededor de su figura y obra. Nos referiremos a tres elementos que se presentan como cruciales al momento de revisar, a lo largo de este siglo, la productividad alrededor de Lenin. El primero es la invención del “leninismo” como un campo especializado, una especie de segunda vuelta del marxismo acorde con unos supuestos temporales, propio de una lectura historicista; el segundo refiere a la manera en que debe ser leído el autor en términos de una productividad teórica, los restos y los problemas que esto supone. Finalmente, sugerimos una actualidad de Lenin en la época contemporánea, sosteniendo que su (re) “activación” —como la denominaron algunos autores— supone visitar pasajes específicos de su obra.

Así pues, es posible comenzar aportando en una crítica del nombre que asumió la lectura y canonización de esta sobre el ruso, que se trasladó, por el mundo, como una forma cristalizada y que, como muchos críticos han señalado, encapsuló un pensamiento dinámico en frases hechas y simplificadas frente a la complejidad. El “leninismo” fue un invento marcado por la lucha por el poder en la Unión Soviética, inmediatamente tras la muerte del líder revolucionario. Si se revisan a cuatro de las figuras que pugnarón por la dirección partidaria y del Estado —entonces en proceso de constitución como una unidad— podemos observar esto. Así se convocan Nicolás Bujarin en su *Lenin marxista* (1978); José Stalin en sus famosas conferencias tituladas *Los fundamentos del leninismo* (1978); Zinoviev en su texto *El leninismo* (1977) y, por supuesto, León Trotsky, quien en adelante sugeriría adoptar a sus seguidores la etiqueta de “bolchevique leninista” (y no la de trotskista). Puede pensarse que estas intervenciones públicas distaban unas de las otras al tratarse de personalidades tan diversas, pero en general, todas ellas apuntaron hacia la canonización del pensamiento de Lenin y su figura. Aparecieron, debe decirse con claridad, como un mecanismo de legitimidad en la lucha por el poder. No puede entenderse la construcción de dicha categoría sin ese componente, aunque después se extendió al mundo no soviético. El poder político implicaba la conducción del Estado soviético, por entonces en proceso de formación y consolidación; pero también todos los vínculos internacionales que se forjaron por la vía de la Internacional Comunista y que generaron una onda expansiva de funcionarios que practicaron una diplomacia extra-estatal.

Un componente esencial de la construcción de la seña de identidad del “leninismo” fue la consideración de que el pensamiento del revolucionario expresaba la renovación del marxismo en una época distinta de la de Marx. Salvo Bujarin, el resto de los partícipes tenía una lectura mucho menos profunda de obras de Marx como *El Capital*. Stalin y Trotsky, si bien con características muy distantes, habían protagonizado sendos debates con Lenin, acercándose en problemas como el de la decisión de la insurrección (donde Trotsky estuvo más cerca de Lenin) o en la definición de una solución al problema de las nacionalidades (donde Stalin fue más próximo del dirigente); en tanto que marcaron también serias diferencias, como por ejemplo en el denominado debate sobre los sindicatos (donde Stalin se mostró más abierto que Trotsky a seguir a Lenin) o bien en el peso de la burocracia (donde Trotsky destacaría). El caso de Zinoviev es más distante, pues su figura no trascendió como la de los otros, pero es un hecho que marcó distancias con Lenin y también tuvo cercanía en decisiones. Al final, todos eran políticos revolucionarios que participaron de los procesos con sus propias definiciones y sólo al calor de la lucha por el poder el estar en concordancia o en contra de Lenin resultaba un factor. La idea de que Lenin decidía todo de manera correcta es producto de la hagiografía. Como lo ha mostrado Victor Sebesyen (2021), un biógrafo rabiosamente anti-comunista, con Lenin discutieron absolutamente todos los

integrantes del grupo que protagonizó el periodo previo a la revolución y también en el momento de diseñar el nuevo Estado. Su figura no era la del dirigente todopoderoso, sino la de un integrante más, muy destacado y al que se le reconocía liderazgo, pero también se le sometía a crítica constantemente. Pero si por el lado del trato a la personalidad es más o menos claro o esperable esta consideración novedosa de la legitimidad, había un conjunto de consensos más amplios que articularon la visión del “leninismo”.

El primero de ellos era el de la consideración de que Lenin expresaba un marxismo para una época nueva. Esta fue definida como la época del “imperialismo” —a cuya definición Lenin contribuyó en consonancia con las improntas liberales de Job Hobson— y, que, para esta generación, expresaba un cambio de época frente a lo que consideraban la fase previa, de “libre concurrencia”. Así, Lenin sería el teórico del capitalismo en la época de los monopolios y las guerras coloniales por mercados y territorios, en tanto que la fase previa correspondía a lo expuesto por Marx en *El Capital*. De tal manera, se ejercía una lectura historicista de Marx al condenar su obra a ser la expresión histórica del capitalismo inglés de la época victoriana. La generación bolchevique, salvo honrosas excepciones, como la de Isaak Rubin, compartieron esta consideración. Esta interpretación configuró una vertiente del “leninismo” que no asomaba hacia la obra madura de Marx, ni al conjunto de la crítica de la economía política, dándose paso a un efecto donde se despojaba de posibles vínculos a ambos autores. No fue casual, que muchos marxistas anti-Lenin se refugiaron, justamente, en la crítica a la ausencia de categorías propias de la crítica de la economía política en obras como la de *El imperialismo fase superior del capitalismo*. Uno de esos exponentes ha sido el mexicano Jorge Veraza (2022), quien señaló que la categoría del imperialismo rompe con el núcleo duro de la teoría marxista del valor.

La segunda fue la certeza —también compartida por los cuatro revolucionarios aludidos— en la que se trataba de una época marcada por el influjo de la “revolución proletaria” y de la centralidad del partido. Aquí, el costo de escindir a Marx de Lenin fue aún más duro. Pues si bien Marx también contribuyó a la teoría del partido, lo cierto es que siempre consideró a este en su sentido “histórico” (el gran proyecto revolucionario) y en su sentido “efímero” (es decir, las organizaciones concretas) (Concheiro, 2015). Con dicha distinción, el teórico alemán pudo sortear el proceso de fetichización de las organizaciones que le tocó formar —y también ayudó a desarmar en su momento—. Marx, mucho más cauto, supo comprender que lo organizativo era una dimensión que cambiaba con el tiempo, aunque el proyecto de emancipación humana siguiera en pie.

La centralidad del partido fue una de las temáticas más socorridas del “leninismo”. Durante mucho tiempo se estableció a Lenin como el teórico más sólido de la organización

política, entendida esta sólo como la de la forma-partido. No es casual que sus opositores consejistas hicieran crítica de la excesiva centralidad de la manera en que se operativizaba su respuesta. Los herederos soviéticos hicieron lo propio al conducir la idea del “partido de nuevo tipo” como el gran aporte: de nuevo, una justificación en el entramado de la construcción del poder. Aun Trotsky, ya crítico del Estado que contribuyó a fundar, se mantuvo en una línea excesivamente apegada al partido como vanguardia centralizada de la clase proletaria. Ello obnubiló los patentes aportes de Lenin, pues condujo a un modelo único —que, por lo demás, es dudoso que se pudiera imitar— sobre las cambiantes modalidades que tenía el partido en la propia obra de Lenin. Marcel Liebman exploró esto en su obra y sin duda podría tratarse no de una “una” teoría del partido, sino de varias. En dado caso, la forma-partido, aunque pertinente, debe medirse con la realidad de la lucha política y no con el pasado legitimador.

Es claro que la reducción de Lenin a teórico del imperialismo y de la formación partidaria tuvo severas consecuencias en la propia valoración de su obra. Por un lado, generaciones enteras de militantes iniciaron su militancia tratando de descifrar el estilo sumamente polémico de trabajos como el *¿Qué hacer? O Un paso adelante, dos pasos atrás*; sacando de ello lecciones que debían aplicarse a todo tiempo y espacio. La exportación de los principios supuestamente originarios de Lenin, congelaron la iniciativa política que este mantuvo en cambios operados en su propia concepción y en la especificidad del partido en cada periodo. Aunque es cierto que la forma partidaria debe ser pensada con Lenin tal como lo señaló el politólogo argentino Atilio Boron (2004), lo cierto es que, a la luz de estas décadas, podemos afirmar que la forma-partido es mucho más efímera hoy que en el pasado, que el sedimento cultural de las organizaciones partidarias no se parece en nada a las del siglo XX. Afrontar esta cuestión no significa renunciar a un principio inamovible

El “leninismo” pues, congeló la actividad de un personaje que se distinguió precisamente por estar atento a los cambios en las fuerzas políticas, fueran estas en debilidad frente a sus adversarios —como ocurrió con los bolcheviques la mayor parte del tiempo— o bien cuando fueron favorecidas, rápidamente, en 1917. El tiempo es una de las cuestiones que Lenin mejor analizó no en sí mismo, sino en su transcurrir alrededor de los combates puntuales y que el “leninismo” congeló a frases hechas, posibles de ser repetidas en cualquier momento.

Ahora bien, esto nos interroga: ¿cómo debemos pensar a Lenin? ¿Cómo se procede con este autor fuera del canon de la teoría política, pero al mismo tiempo, instalado en los grandes problemas de esta área? ¿Cómo trabajar una obra inmensa que ha sido reducida a fórmulas, que son utilizadas por igual por adversarios o seguidores? Ni

Marcel Liebman, Luciano Gruppi y tampoco Antonio Negri se preguntaron por esto. Para ellos, cuyos trabajos sin duda han sido de lo más importantes, era claro la línea de estudio: se realizaba una lectura cronológica de Lenin. Es decir, se comenzaba por sus polémicas con los populistas, se continuaba con su caracterización del capitalismo en Rusia, se pasaba los trabajos sobre el partido y finalmente al balance de la revolución de 1905. Después, según las preferencias, se configuraban discusiones variadas sobre las elecciones, el boicot a ellas, así hasta llegar al estallido de la guerra. A partir de ahí, sobre todo el momento de 1917 ganaba preponderancia. Los estudios variaban según la intensidad que se colocara en aspectos de la coyuntura, siendo el del francés Liebman el más conciso y mejor construido en referencia a acontecimientos puntuales. Demostró este autor un gran manejo de bibliografía norteamericana y francesa, al tiempo que seguía puntualmente la cronología de los textos de Lenin. Es comprensible esta forma de trabajo, útil y buena guía. No obstante, aquí nos preguntamos sobre las formas de aprehensión de un pensamiento para nuestra contemporaneidad.

Fue el sociólogo chileno Tomás Moulian quien ha hecho la pregunta más adecuada a propósito de la lectura de Lenin, detectando dos maneras que deben ser evitadas. Siguiendo su planteamiento, podemos señalar que existe la lectura empirista y la lectura historicista. Desde el punto de vista del chileno, Lenin puede ser encapsulado en estas dos corrientes, mismas que serían dominantes y articularían mucho de lo que se encuentra en el día a día cuando uno se refiere al uso de Lenin. Por un lado, tendríamos la lectura empirista, que sería la que practicarían gran parte de los militantes y activistas que encuentran las obras del dirigente revolucionario y en un intento por hacerle útil, lo traen a su realidad concreta, sin mediaciones. Esta manera de comprender el estudio de su obra, si bien minoritario, tiende a establecer una relación directa entre una realidad espacio-temporal y la letra de un autor, como si en el “libro abierto” de su obra se encontraran todas las respuestas. El empirismo fue, sobre todo, practicado por los seguidores del “leninismo”.

Enfrente de esta concepción empirista tendríamos la versión historicista, que hasta ahora ha sido la dominante en los estudios académicos serios sobre Lenin. Sería aquella que predispone que, efectivamente, Lenin fue un personaje de su tiempo (como Marx lo fue del siglo XIX a decir de sus biógrafos más popularizados en español) y, por tanto, sus ideas, concepciones y perspectivas sólo pueden entenderse en contextos específicos. Si Lenin escribió *El Estado y la revolución* o el *¿Qué hacer?* Fue por una circunstancia particular, irrepetible, por tanto, encapsulada en su tiempo. Esta fue la manera en que Stalin, por ejemplo, señaló la diferencia entre Lenin y Marx: el segundo vivió una época —la de la libre concurrencia— específica, en tanto que Lenin habría vivido en otra; ambas irrepetibles.

Como puede verse, ambas versiones nos conducen a un callejón sin salida. Puesto que encierran la figura en horizontes que anulan la productividad teórica. Efectivamente, Lenin pensó y actuó en coordenadas irrepetibles, pero su legado no se reduce a ellas. Ahora bien, repetir sentencias sin mediaciones no actualiza su pensamiento ni lo coloca al día. De tal manera que optamos aquí por una concepción más parecida a la de Louis Althusser, quien, en su “Lenin y la filosofía”, plantea su aporte como una práctica teórica, insumo de la práctica política. Sin entrar en detalles de la propuesta althusseriana —y que ha sido criticada (Otero, 1970, p.52)—, cuestión que no está en el centro, podemos resumir que se asume que Lenin fue un teórico, en el sentido que entregó conceptos para la acción política, que deben ser trabajados en función de las condiciones específicas. De hecho, Lenin es el pensador de la coyuntura por excelencia. Su obra es un continuo vaivén de modificaciones, de tomas de distancia y de conformación de lo que Althusser llamaba “líneas de demarcación”. Si una teoría política marxista tiene sentido es porque genera esas líneas de demarcación, entre concepciones políticas y la coyuntura en la que se enuncia.

Finalmente, procedemos a cerrar esta sección asumiendo una condición de nuestra propuesta. Lenin es un teórico político cuya obra opera no como una totalidad expresiva —es decir, donde el todo se impone a las partes— sino como una totalidad articulada y diferenciada. Asumida de tal manera la práctica teórica de Lenin debe distinguirse a partir de su contexto productivo, pero sobre todo de su efecto. Esta producción de efecto es crucial si queremos insistir en su valía, más allá de una arqueología.

Desde nuestro punto de vista la “actualidad de la revolución” tal como fue enunciada por Lukács, no tiene más sentido. En tal perspectiva, la obra de Lenin se desactiva en muchos de los lugares comunes que fueron visitados y revisitados de manera continua. Estos son, por ejemplo, la teoría del partido, la concepción de la insurrección como arte incluso el debate con los populistas. Sellado el destino del comunismo histórico en 1989 en su forma efímera, aún queda mucho que decir en su sentido histórico. Es el comunismo la forma plebeya de luchar contra los rasgos más lacerantes del capital, signados por el privilegio, la explotación, el mercantilismo desbordante y la ausencia de derechos. Ahí, Lenin, aun les pese a los anti-comunistas de nuestro tiempo, tiene mucho que expresar. Más aún, el marxismo latinoamericano, en sus diversas expresiones, buscó dialogar con Lenin a partir de las condiciones del capitalismo periférico.

Revisaremos aquí tanto los aspectos históricos de su recepción y la productividad teórica, como algunos de los principales elementos que configuran su actualidad, en el sentido de una práctica teórica que produce líneas de demarcación. Como dijimos antes, ello implica visitar zonas de su producción no siempre atendidas o condicionadas por el contexto, como desactivar otras.

De locomotoras y cartas

Existe una socorrida metáfora asociada al marxismo y es aquella que refiere a la locomotora. En tiempos muy recientes, Enzo Traverso ha vuelto sobre ella, destacando sus múltiples sentidos, que van para él desde una visión progresiva, hasta su utilización práctica en la agraria revolución mexicana. El puntual estudio del historiador italiano devela la imagen que ha tenido la locomotora a través de revoluciones; no sin un gran sesgo eurocéntrico —muy marcado en sus trabajos—, sin embargo, la figura técnica “evoca más a Auschwitz antes que gloriosas revoluciones” (Traverso, 2021, p.120). Este cierre del capítulo con el que Traverso se conduce contradice, de hecho, la noción de que hay varias temporalidades y, por tanto, modos diferenciados para pensar la metáfora

Esta se volvió famosa desde que la pluma de Karl Marx la estampó como cierre de un poderoso párrafo, mismo que ha sufrido un destino variado al ser interpretada y reinterpretada una y otra vez. Así, tras revisar el destino de las revoluciones de 1848 escribió Marx en *Las luchas de clases en Francia*: “Las revoluciones son las locomotoras de la historia” (Marx, 2006, p. 622). Famosa sentencia que ha seguido reproduciéndose de manera continua en gran parte de quienes enfrentan la tarea de dilucidar el lugar del progreso en la perspectiva marxista. La imagen contiene en su enunciación conjunto de elementos que nos permiten cuestionarnos la especificidad de la relación de Marx con respecto al concepto de historia, así como despejar cualquier primacía de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción

El asombro por la emergencia de la máquina y de la manera en que la racionalidad a la que se asocia impregnó al conjunto de los esfuerzos por comprender el mundo moderno. Así, la concepción de la realidad social se supeditaba a una de una gran fábrica en la que se producen, circulan y se consumen los elementos fundamentales de la riqueza (naturaleza y fuerza de trabajo), así como su creciente capacidad de dominio, aparece en el primer espacio de producción teórica de Marx en medio de una fascinación contradictoria. Esto queda claramente expuesto en el *Manifiesto Comunista*, pues ahí Marx critica fuertemente a la forma capitalista, al tiempo que da guiños de alabanza de la potencia organizativa y transformadora. De manera tensa, con muchos matices y lleno de críticas, Marx asumió la novedad contraída por la civilización burguesa, la que le parece sin duda la más importante y de la que se debe aprender para la construcción de otra historia futura. Es de este elemento donde numerosos críticos han insistido en que Marx no es sino un momento más de la “metafísica occidental”, pues habría sido partícipe de la profundización del dominio técnico sobre el conjunto de la naturaleza no humana, es decir, de todo lo vivo y de todo lo inerte por igual.

Estacionarse en fragmentos de la obra de Marx implica entonces comprender las distinciones y las no equivalencias a lo largo y ancho de su producción. Es cierto que el Marx del *Manifiesto* inició la ruptura con una tradición previa; aquel segmento de su trabajo teórico permite captar las rutas de escape definitivas de la cárcel historicista y teleológica de la filosofía de la que era deudor y, también, muestra el camino de elaborar las herramientas necesarias para fundar un nuevo proyecto afincado sobre nuevas directrices más allá de Hegel y la filosofía clásica o de David Ricardo y la economía política “inglesa”. La tensión a la que nos referimos es claramente perceptible en el *Manifiesto Comunista*, en donde la fascinación por la revolución técnica producida —aparentemente— por la burguesía convive con la crítica de las formas de su utilización. Marx se encontraba claro en que esa revolución en las formas de producción era necesaria y procedió a criticarla cuando hizo notar que sus creadores no tenían ningún control sobre ella en realidad. Consciente de que la productividad técnica no se encontraba dirigida a la satisfacción del conjunto del sistema de necesidad, sino sobre todo a la explotación de pueblos y naciones en el contenido material de su riqueza, Marx se movió en una dimensión ambivalente, entre el progreso y su crítica; entre la denuncia de su supuesta inevitabilidad, pero también con la incerteza de cierta utilidad de la que los seres humanos ya no podían deshacerse.

Quizá por ello sea preciso abandonar al Marx “joven”, no por esa característica, sino por ser el filósofo de la historia que buscaba la des-enajenación a partir del reconocimiento de un universal abstracto como lo era en ese momento la categoría de “el proletariado”. En cambio, ubicarse en el espacio del Marx teórico de la coyuntura, aquel encontró personajes reales, contradictorios, cambiantes, combativos, negociadores, esto es, no sujetos pre-constituidos conceptualmente, sino constituyéndose en los frágiles andamiajes de los antagonismos producidos en los intersticios de “la historia”. Nos referimos entonces a un *espacio teórico* fundado por Marx que permite problematizar los supuestos sentidos y las necesidades de la historia. Aquí se encuentra una diferencia que engrosa la distinción metafórica entre un “joven” y otro “maduro”; expresiones que refieren a la capacidad de conformación de un espacio de producción teórica independiente, que permite ejercer la crítica del capitalismo, de sus momentos y sus hiatos a partir de plantear nuevas interrogantes y no al desarrollo de la corteza cerebral de un individuo, como lo plantearon ingenuamente muchos de los críticos de Louis Althusser en décadas pasadas

Entre el Marx del *Manifiesto* y el del *18 brumario de Luis Bonaparte* o la *Lucha de Clases en Francia*, sin duda el segundo es más útil, pues la dimensión técnica del capital queda supeditada ante el conflicto entre las clases, los grupos y las fuerzas políticas es-

pecíficas con sus proyectos y sus voluntades. Y en esa supeditación nos permite captar el devenir conflictivo, inacabado y contradictorio de la forma valor; expresión que no toma ya el sentido universalizante de la sección primera del tomo primero de *El Capital*, sino a condición de reparar en el proceso de conformación que permite su dominio a través del establecimiento permanente de sus requisitos; todo ello explicitado con la potencia del Marx científico de la historia presente en el capítulo XXIV de *El Capital*. Para decirlo de otra forma, no interesa tanto el sentido en clave de filosofía de la historia de la metáfora de la locomotora, sino más bien las formas específicas en que las vías férreas fueron construidas en determinadas temporalidades, misma que invocaron a sujetos diversos, atravesados por la lucha y el antagonismo.

Sin embargo, volviendo al que hemos denominado Marx teórico de la coyuntura, es preciso decir que no es casual que sea en este lugar en el que aparece la metáfora de las revoluciones como las locomotoras de la historia; sino que su aparición devela justamente la necesidad de captar en Marx el propio espacio de producción teórica en donde los elementos se conjugan de manera no universal, no a priori y no necesaria. Y en donde, además, el concepto de historia se juega a partir de una pluralidad. Es decir, aquí tenemos, en alguna medida al otro Marx que tanto ha buscado conformar el así denominado marxismo latinoamericano.

Y es que en ese texto la metáfora ferroviaria no es tecnicista, no corresponde a una necesidad del despliegue de las fuerzas productivas autonomizadas, automatizadas e independientes de la voluntad del colectivo, sino a un movimiento y a un impulso de la capacidad e intervención política, es decir, de la actividad práctica y organizada, cercada por las contingencias más variadas. La metáfora de Marx refiere al acto productivo que significa el ingreso de las masas a la historia y no a los designios de la razón. Lo importante es que la locomotora no es la historia, sino sólo un agregado de la mayor fuerza que se labra en ella: la revolución. El Marx teórico de la coyuntura no puede pensar en la subordinación de las relaciones de producción a las fuerzas productivas, sino al que se coloca en el lado contrario. No deja de estar atrapada la metáfora de una ilusión: la historia tiene un sentido que avanza, pero esta es cuestionada por el motivo que le da impulso; el conflicto, la contradicción, en otras palabras, la lucha.

Hacia el final de su vida, en la última producción, lo que Enrique Dussel (1990) y Marcello Musto (2016), han llamado “El último Marx” o Shanin (1990), “el Marx tardío”, se encuentra, sin duda, la mejor confrontación de un conjunto de problemas que las lógicas de la expansión capitalista le demandan para la formulación de otro concepto de historia. Los multicitados esbozos de respuesta a la populista rusa Vera Zasulich son una muestra de ello: hay otras posibilidades y no sólo la espera de la hora modernizante del capital; aunque

no se sepan bien cuáles son ellas. Quizá el caso de Irlanda exprese mejor esto que señalamos ahora:

Durante mucho tiempo creí que era posible derribar al régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa. Un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera no conseguirá nada hasta que no se haya liberado de Irlanda. Hay que poner la palanca en Irlanda. Por eso la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general. (Marx, 1979, p. 193)

Si el joven Marx habría preferido que el proletariado inglés liberara con sus locomotoras a la “atrasada” Irlanda, el Marx maduro, apuesta por esta segunda nación como el verdadero punto de apoyo para la movilización de un sentido diferente en la historia de la emancipación. El esbozo de una concepción distinta se encuentra anidada en el espacio teórico marxista, sin embargo, pasará largo tiempo para que se pueda desarrollar con plenitud lo que el propio Marx en 1857 esbozó cuando escribió que: “el concepto de progreso no debe ser concebido de la maneta abstracta habitual” (Marx, 1974, p. 60).

Existió, después de Marx, un marxismo de las fuerzas productivas, mismo que fue deudor mayúsculo de la idea de progreso. Existió una tentativa claramente “progresista” en el marxismo de la II Internacional, por ejemplo. Este elemento ha sido señalado hasta el cansancio por los historiadores del pensamiento. Aquella disposición llevó a los partidos obreros de masas a ceder ante el nacionalismo más chovinista y renunciar a las aspiraciones anticoloniales. Colocándose de lado de sus respectivos imperios, no pocos marxistas de la II Internacional no hicieron sino echar leña al ardiente fuego que significaba la rebelión anticolonial: la revolución rusa. Un momento de ruptura se labró en este momento y las divisiones al seno del marxismo se volvieron permanentes. Aquí resulta más complejo concebir uniformidad en el tratamiento, tanto de la metáfora como de la perspectiva general que la anima. Aunque Trotsky hace una apropiación, la del otro gran revolucionario, motivo de este libro, Lenin, nos parece la más significativa. Lenin se apropia en repetidas ocasiones de la metáfora, como cuando escribe:

A los amos del estado capitalista les tiene tan sin cuidado la masa de víctimas del hambre y de las crisis, como a la locomotora la suerte de aquellos que aplasta a su paso. Los cadáveres frenan el girar de las ruedas, el tren detiene su marcha, incluso (en el caso de que el maquinista dé muestras de excesiva energía) puede descarrilar, pero a pesar de todo, luego de salvados los obstáculos continua su marcha. (Lenin, 1976, p. 278)

Resulta muy significativa la reelaboración de Lenin a propósito de la imagen, pues en ella coloca en identidad a la locomotora no con las masas revolucionarias, sino con

la potencia avasalladora del capital. Sobre ella vuelve con mayor contundencia casi al final de su vida:

Lo que sí sabemos con certeza, y lo que nosotros, como partido, debemos explicar a las masas es, por una parte, que la enorme potencia de la locomotora de la historia está engendrando una crisis sin precedente, el hambre y calamidades incalculables. Esa locomotora es la guerra, hecha por los capitalistas de ambas coaliciones beligerantes con fines de rapiña. Esa “locomotora” ha conducido al borde de la ruina a muchas naciones de las más ricas, más libres y más cultas. Obliga a los pueblos a poner en tensión, hasta el límite, todas sus energías, colocándolos en una situación insoportable, poniendo a la orden del día, no la aplicación de ciertas “teorías” (una ilusión contra la cual Marx previno siempre a los socialistas), sino la aplicación de las medidas prácticas más extremas, porque sin medidas extremas, a millones de seres les espera la muerte, la muerte inmediata y cierta por hambre. (Lenin, 1977, p. 368)

No deja el propio Lenin de profundizar en la idea de Marx y agregar algo de fiesta:

... las revoluciones son las locomotoras de la historia, decía Marx. Las revoluciones son días de júbilo de los oprimidos y explotados. Nunca las masas populares son capaces de ser creadoras tan activas de nuevos regímenes sociales como durante la revolución. (Lenin, 1976a, p. 109).

Esta concepción de la locomotora y de la revolución como unidades indisolubles lo lleva a cuestionar a quienes se asustan de ellas: “Cuando la historia de la humanidad avanza con la velocidad de una locomotora, lo llama “torbellino”, “torrente” “desaparición de todos los “principios e ideas”. Cuando la historia avanza a paso de carreta su símbolo es la razón y el método” (Lenin, 1976b, p. 254).

El primer segmento de la intervención de Lenin nos permite captar una visión mucho más crítica del progreso que a la que estamos acostumbrados a asociarlo. No es que la técnica producida por el capital sea primero civilizatoria y después se tiña de barbarie; es que ella misma es resultado de la explotación, el sometimiento y la degradación de pueblos y naciones enteras. La proyección de la idea de progreso en Lenin tiene una ambigüedad, pues como muchos otros marxistas de su generación tiene la esperanza colocada en que el acto revolucionario sea emulado en Berlín; cuando esto finalmente no sucede, su giro es claro: apoyarse en las rebeliones coloniales es la única y mejor posibilidad. No deja de ser llamativo cómo es que la metáfora marxista se preserva y es reelaborada en tiempos de crisis, catástrofe y revolución. La tensión de aquella década revolucionaria se expresa: el capital es la verdadera locomotora que todo lo destruye y sólo los pueblos coloniales entien-

den que la revolución no es un acto meditado de la razón, sino una irrupción jubilosa de los explotados.

Si la trama de la “locomotora de la historia” muestra a un Lenin mucho más cauto, precavido y nada celebratorio del progreso, otro problema se presenta cuando se profundiza en el sentido de las múltiples temporalidades. Una opción recurrente ha sido la de voltear a ver la respuesta en formato de carta que Marx hizo a Vera Zazúlich. Una conocida historia que vale la pena ser problematizada para no eludir las implicaciones políticas. Zazúlich, por entonces una populista rusa, escribe a Marx, para cuestionarle sobre la necesidad o no de que la Rusia campesina, la del “Mir” (es decir, la de la comunidad) atravesase por la forma modernizante del capital. Marx, colocado entre la espada y la pared, ensaya varias respuestas, tratando de darle salida a un problema no contemplado. Finalmente, en una escueta respuesta, asume que aquello contenido en *El Capital* parece concernir sólo a la forma europeo-occidental, en tanto que quizá en Rusia el Mir pueda ser la base para otra forma asociativa que eluda la modernización capitalista.

Esta discusión es muy importante, pues a pesar de que el intercambio epistolar habilita una riqueza conceptual sobre las diversas temporalidades históricas, los hechos demostraron la primacía de la política. Ello por varias razones. La primera es que la idea de que se podía seguir un camino no-capitalista puede tejer una teleología distinta, pero al fin, con una finalidad o destino. En segundo lugar, el horizonte de la civilización del despojo se impuso como la lógica dominante de la reproducción social. En tercero, el desgaste de la vertiente populista rusa, el paso de Zazulich a la socialdemocracia — en pugna, pero también en vínculo con Lenin— mostraron que las tendencias corrieron hacia un conjunto de caminos que se alejan de la especulación que se ha hecho a propósito de la correspondencia.

Lenin no se detuvo a pensar si habría un despliegue social por una vía no capitalista, asumió, por el contrario, la necesidad del análisis. Lenin privilegió la política antes que la reflexión en términos de filosofía de la historia. Es decir, se colocó en la coyuntura y no en la historia, entendida esta como una gran narración del devenir. Aunque no formulado con sus términos, sino hasta 1916, Lenin encontró que el secreto de la política estaba en el eslabón débil. Podemos pensar, así, obras como *¿Quiénes son los amigos del pueblo?* O *El contenido económico del populismo*, como reflexiones en estado práctico en busca del eslabón débil de la dominación.

La teoría política de Lenin se enclava en la coyuntura, y para ello desarrolla un largo rodeo por la clarificación de la especificidad. En el proceso construyó la categoría de formación económico-social; es decir, más que ser pensada para captar la articulación del

modo de producción, pretendió ubicar el eslabón débil de la dominación y, por tanto, la capacidad de su ruptura.

Lenin en América Latina: hacia una teoría de la intervención política

Quienes entendieron mejor la tradición otorgada por Lenin fueron los marxistas latinoamericanos después de 1959. La contribución de numerosos autores y autoras lograron volver a traer al líder ruso, ya no sólo como un respetable ícono, sino también como un motivo de productividad teórica. Este apartado entregará insumos para comprender las formas en que los marxistas latinoamericanos renovaron la discursividad a propósito de la política. En términos generales, podemos aducir que los latinoamericanos buscaron en Lenin una clave interpretativa para poder afrontar las coyunturas específicas desatadas tras la posibilidad de la primera revolución declara socialista

Así, los marxistas que buscaron renovar el horizonte de sentido de la época posterior a la revolución cubana tenían que enfrentarse al dilema de contrastar la obra de Marx y la de Lenin con el acumulado de las experiencias en Rusia y la isla; pero también sortear las pesadas herencias ideológicas y los bríos de cambio. Lenin fue un motor de la reflexión, se le asedió con un propósito: encontrar en su obra las coordenadas que permitieran evitar o solucionar los problemas teóricos de lo que después sería categorizado como *crisis del marxismo*. Por crisis del marxismo entendemos, como aduce Louis Althusser, la ausencia de una teoría política específicamente marxista, es decir, una teoría de lo político de acuerdo a las condiciones del siglo XX: la presencia de un Estado con mayor capacidad de presencia en la sociedad, la transición como un momento clave de las revoluciones, la persistencia de la democracia como horizonte y otras categorías de la época se encuentran aquí tensionadas con respecto a los procesos sociales y políticos que acontecieron en los años sesenta y setenta.

Quienes afrontaron a Lenin desde la óptica que desarrollaremos, pretendieron encontrar en su obra algunos registros problemáticos de esta situación de ausencia de una teoría política en el marxismo. Para ello, recurrieron a la obra de Lenin, pretendiendo no sólo usarlo como argumento de autoridad, sino como un referente en el terreno del método para afrontar las tensiones de una coyuntura. Por momentos nos presentan a un Lenin distanciado del estalinismo o alejado de algunas ideas comunes en torno a su pensamiento, a menudo también se ensayan críticas a ciertos planteamientos de su obra.

Comenzamos revisando la obra del filósofo venezolano Núñez Tenorio, un destacado intelectual que fue militante comunista y después un marxista independiente, es decir, sin partido. Hacia el final de su vida acompañó en los inicios del movimiento que llevaría a

Hugo Chávez a la conquista del poder. En un trabajo pionero, titulado “Lenin y la revolución”, se muestra la manera en que este autor leyó las categorías heredadas por el líder ruso y cómo las empleo para pensar la coyuntura, es decir, de manera doctrinal sino metodológica.

Fue Núñez Tenorio quien emplazó la proposición de que Lenin fundó una concepción “científica” de la política. Esta tendría, sin embargo, también una versión de la ideología como corolario. Ciencia e ideología estarían unificados a partir de la interpretación de Lenin, en él, la concepción de la lucha política debe ser entendida como la forma específica de la lucha de clases. Esa unidad entre ‘verdad’ (ideología) y ‘saber’ (ciencia) se expresaba en el lenguaje de la época a partir de la no separación que habría hecho Lenin al momento de calibrar lo ‘objetivo’ y lo ‘subjetivo’. El primero sería el reino de las condiciones reales, perfectamente captables por la capacidad racional de los movimientos políticos y de sus intelectuales, es decir, en donde se especifican las posibilidades de la intervención práctica. La segunda, en cambio, sería el espacio de actuación de la voluntad y la conciencia, y por tanto, de la acción de los sujetos que intervienen en una coyuntura determinada. Existirían, por supuesto, ‘factores objetivos’ que serían determinantes, y en tanto que determinaciones, captables, racionalizables, propios de cierto reino de la universalidad, por tanto, propios del terreno de la ciencia de la política. En cambio, el reino de lo subjetivo es el de la acción política, el de la capacidad organizativa de la voluntad colectiva, algo que nunca se encuentra predeterminado y que podría ser hasta un punto azaroso y, por supuesto, teñido por raíces históricas. La lectura que hace de Lenin Núñez pone énfasis en esa doble dimensión que debe ser captada en el momento de intervención política. De esta aproximación, Núñez desprende la importancia que tienen los conceptos de táctica y estrategia para afrontar los escenarios de confrontación. Dice el filósofo venezolano a propósito de ambas:

La estrategia y la táctica fusionan el análisis frío y racional del lado objetivo de la política con las cuestiones candentes y activas del movimiento político. La táctica desde luego es aún más subjetiva, puesto que tiene que corresponder íntegramente a las cuestiones del presente, puesto que tiene que responder a cada momento a las exigencias de los propios fines estratégicos. (Núñez, 1968, pp. 25-26)

De tal manera que son dos las cuestiones que desprende Núñez de esto: en primer lugar, que la táctica siempre está subordinada a la estrategia, al ser la primera la “parte” que se enclava en la segunda que sería el “todo”, y que al ser el elemento subjetivo el fundamental, gana preeminencia el ‘arte’ de la dirección política. Esta operación desplazaba cualquier intento de dar centralidad al lenguaje militarista que puede desprenderse de un análisis mecanicista, en donde los militantes o las organizaciones po-

pulares son ‘ejércitos’ o ‘milicias’, antes bien, la dirección política organiza la capacidad de la voluntad colectiva, no sobre la base de la disciplina, sino de la creatividad —o arte— de la dirigencia. Entender la política como ‘arte’ de la dirección es justamente lo que revela el privilegio de lo ‘subjetivo’ sobre lo ‘objetivo’, pero siempre entendido como una dimensión doble del mismo proceso. Ciencia e ideología encuentran su realización plena en la práctica política: pues ambas entregan, en justa medida, para Lenin, la combinación adecuada.

Sin embargo, Núñez alertó que tanto táctica y estrategia pertenecen originalmente al lenguaje militar, pero que en Lenin no pervivió una noción estrecha de la acción política y ahí su aporte. La intervención política es algo más que la suma y acumulado de fuerzas, por eso el concepto de ‘arte’ sirve para desplazar cualquier versión militarista de la política, es decir, cualquier concepción que evite considerar la capacidad de dichas fuerzas, su iniciativa, creatividad y, sin duda, la capacidad de tejer alianzas. Asimismo, alerta de lo significativo que es tener en cuenta los entornos cambiantes. El arte de la política tiene su corazón en la dirección política, así se desplaza, para él, de manera definitiva la metáfora militar con todo lo nocivo que tiene en términos de considerar ejércitos, generales que ordenen verticalmente y disciplina subordinante. El ‘arte’ de la conducción consiste en lograr caracterizar el momento social y poder ubicar e intervenir en las ‘fuerzas motrices’ que conducen los principales resortes del ánimo y voluntad. Para explorar esta dimensión, Núñez se apoya de Lenin y del ejemplo de la ‘revolución burguesa’ moderna, aquella que no se realiza por obra de esa clase social, sino cuya consecución se da gracias a la intervención de otros sectores que se enfrentan a una situación dada y que actúan de acuerdo al conocimiento de ella. Así, no hay posibilidad de ‘saltar’ fases, puesto que hay una comprensión adecuada de las determinaciones fundamentales de la sociedad, ello no implica el inmovilismo, sino todo lo contrario, una acción, un arte, que cambie el terreno de la disputa política.

A partir de estas explicaciones, Núñez pasa a definir lo que se consideran las categorías principales del arte de la política: para comenzar es preciso localizar al ‘enemigo principal’, pues no todo adversario lo es siempre y dicha característica depende de cada etapa de la confrontación política; las ‘capas intermedias’ que en determinados momentos son aliadas y no necesariamente adversarias; también se encuentra la construcción de la ‘política de alianzas’ que dependerá de la táctica de un determinado momento o coyuntura y también de los objetivos estratégicos. De igual manera, resulta crucial ubicar ‘la fuerza principal’ de cualquier momento de la lucha política, misma que no está dado a priori ni como regla universal, sino constituida a través de la historia: con ello se desmoviliza cualquier fatalismo histórico.

Valdría la pena señalar que, a finales de la década de 1960, cuando Núñez Tenorio escribe su opúsculo sobre Lenin, existen dos formas predilectas que la historia habría marcado del arte de la conducción política. Por un lado, la insurrección y, por el otro, la guerra popular, ambas dimensiones contrapuestas de la estrategia de los grupos comunistas a los que entonces él pertenecía. La forma ‘insurreccional’ correspondería al ‘ejemplo’ ruso en tanto que la ‘guerra popular’ correspondería a la revolución china. Aunque el autor venezolano no profundiza distinguir una de otra, es claro que ambas posibilidades se presentaron como formas de dirigir la ‘fuerza política principal’, así como modalidades distintas de construcción de alianzas y de tácticas diversificadas para derrotar al ‘enemigo principal’; optar por ellas no fue un acto enteramente voluntario, sino de capacidad de lectura y toma de pulso de las necesidades concretas. De todo ello, empero, es preciso destacar algo que es fundamental para la renovación del marxismo y es que no sólo no habría clases revolucionarias de antemano, ni politizadas por su sola existencia, ni tampoco presencia de grupos que volverían infalible la intervención política: ella está expuesta a los errores del ‘arte’, a posibles valoraciones equivocadas y, por supuesto, la generación de condiciones inesperadamente adversas. De tal manera que si se habla de grupos, clases o sectores políticos específicos no es por su pura existencia empírica —que no garantiza un resultado—, sino a condición de dominar el arte de la dirección política y para ello es necesario la acumulación de la experiencia, la escuela de aprendizaje y la capacidad práctica, elementos estos que no dependen sólo de la voluntad individual ni colectiva, ni de poseer una ‘concepción del mundo’, sino el de asimilar las victorias y las derrotas históricas. Aquí es donde Lenin aparece como un autor que ayuda a movilizar la teoría en contra de cualquier garantía última de triunfo. La clase proletaria, por sí sola, no significa políticamente si no ha logrado conquistar esa capacidad de dirección; lo mismo vale para los partidos o grupos con ideológicas de izquierda. La sola adscripción identitaria hacia el socialismo y el comunismo no garantizan ni claridad, ni certeza ni mucho menos infalibilidad.

Podemos decir que el Lenin de Núñez Tenorio nos presenta un Lenin más prolífico, nada dogmático en la teoría, ni sectario en la práctica política. Nos presenta un teórico que se apoya en las lecciones de la historia y que pretende trascenderlas a partir de las condiciones específicas que enfrenta: es decir, que privilegia el entendimiento de la coyuntura. Nos presenta también y quizá aquí valga por fin citarlo, un Lenin autocrítico, una vez que los periodos van transformándose —misma que ocurre por la acción de quienes conquistan el arte de la dirección— y la constante necesidad de rectificar. Ello le da pie para descentrar lo que fue el aspecto más dogmático de la recepción de Lenin durante décadas, aquel asociado con una sola teoría del partido político. Dice nuestro autor sobre esta noción: “Los partidos de la revolución no son un fin en sí mismos, son un instrumento de las masas,

cuyo papel es, precisamente, llegar hasta las masas” (Núñez, 1968, p. 74). El partido entonces no es un elemento que deba fetichizarse; su existencia depende también de las lecciones propias de la intervención en coyunturas que la historia ofrece y, por tanto, puede aparecer o desaparecer según esta situación lo demande. Sin duda se trata de un intento de romper con las versiones ‘leninistas’ a finales de la década de 1960 que condenaban al líder ruso a ser el artífice de una nueva teleología, en la que el partido encarnaba el sentido de la historia en su totalidad.

El trabajo de Núñez resultó relevante pues se trató del primero que colocó en diálogo a Lenin con las condiciones de la revolución latinoamericana. Sin embargo, no fue el único. Dentro del entramado que hemos reconstruimos resulta relevante la obra de Carlos Cerda, un militante comunista chileno quien, desde nuestro punto de vista, produjo uno de los trabajos que más significativos para configurar una noción de intervención política, dado que en él se expone una valoración del *tiempo político* alrededor la revolución alejada de todo voluntarismo y mesianismo. Además de estas características, el trabajo es el resultado de la evaluación de la situación del triunfo de la Unidad Popular chilena. Militante del Partido Comunista de aquel país y miembro de su Comité Central publicó en 1971 en la editorial Quimantú (proyecto editorial del gobierno de Salvador Allende) *El leninismo y la victoria popular*, texto que, además, polemiza con las posiciones del hoy afamado Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR).

Se trató del más original de los textos escritos por un comunista tras la revolución cubana y ello por varias razones: la primera de ellas es que organizó el conjunto de su exposición a partir de la necesidad de comprender el motivo del triunfo del 4 de septiembre de 1970, es decir, era resultado de una demanda de la coyuntura chilena. En ese entramado, Lenin es una mediación teórica para explicar tanto la victoria popular en Chile como la cualificación de revolucionario del gobierno de Allende. La segunda razón es porque explícitamente su obra buscó llenar lo que denomina el *vacío teórico* a propósito de la situación revolucionaria chilena, es decir, no se agotaba en la referencia local, sino que avanzaba hacia un saber con cierta posibilidad extenderse a otras experiencias. Finalmente, es una producción sumamente original que evadía los lugares comunes que circulan en torno al ‘leninismo’ como ideología de la necesidad histórica y plantea la posibilidad de una ‘ciencia de la política’, es decir, la comprensión de lo específicamente político dadas las coordenadas que Lenin aportó y con ello, una formulación sobre la intervención política en el contexto chileno.

Este último punto mencionado es quizá el más relevante, pues a partir de él es que puede entenderse el aporte de Cerda a propósito de la lectura de Lenin: se trató de la construcción de una teoría de la temporalidad de la política. Expresado de otra manera pode-

mos decir que capta la teoría del tiempo de la política que en Lenin se encuentra en *estado práctico* (Althusser, 1967), para hacerla explícita. Así, insistía en que el aporte sustancial de Lenin era el de brindar una adecuada teorización sobre la ‘situación política’, entendida esta como un momento específico de la lucha de clases, en donde no sólo operaban las nociones generales sobre la sociedad que el marxismo había construido, sino que se privilegian las situaciones específicas de la correlación de fuerzas políticas, siendo este el momento de intervención por excelencia.

De esta forma, Cerda derivaba de la obra de Lenin una ‘teoría de la situación política’ dividida entre la caracterización del ‘carácter de la época’ y las situaciones que se vivía al interno de esa caracterización. La temporalidad que se proponía para entender y atender lo específicamente político se abordaba a partir de una doble consideración, lo que el autor denominó ‘factores determinantes inmediatos y factores determinantes en última instancia’. Aunque los ‘factores determinantes’ podrían ser pensados en términos de un clásico economicismo, Cerda introducía una variable interesante al derivar de Lenin la necesidad de comprender la ‘multiplicidad de modos de producción’ que se encuentran articulados, además de ello, la propia variable de la multiplicidad también le permitía identificar que no existía una llana bipolaridad conflictiva (por ejemplo, burgueses contra proletarios), sino una multiplicidad de contradicciones que se jugaban entre los distintos grupos al seno de los distintos modos de producción, articulados en una coyuntura. Se trataba de una tributación del concepto de sobre determinación de Althusser, en donde la ‘última instancia’ engelsiana no guardaba relevancia en el momento de la intervención política dentro de la coyuntura y lo que pesaba más era el análisis específico de las fuerzas en pugna, así como los escenarios donde se desarrollaba la confrontación. Y es que el Lenin que Cerda nos presentaba es el que busca entender la especificidad de lo político, en este caso el conjunto de determinaciones inmediatas y no ya en las que se privilegia la ‘última instancia’, por lo cual dice: “Está claro que una revolución es algo bastante más complejo que sus condicionantes económicas” (Cerda, 1971, p. 58).

Podemos entender así que en la coyuntura se daba la intervención, siempre de acuerdo a la captación de la temporalidad de las fuerzas enfrentadas, era ahí donde se jugaba la posibilidad de una ‘ciencia de la política’: es por todo ello que si se ha ubicado en el plano formal el problema de los diversos modos de producción, la diversidad de clases sociales, los intereses en pugna de ellas (y no sólo de dos) era posible también abordar las tareas políticas, las necesidades, las consignas, los programas y sobre todo las alianzas. Cerda apuntaló que en la “ciencia de la política” de Lenin se encontraba como eje central la captación de la correlación de fuerzas en la coyuntura, misma que

desembocaba en una política de alianzas que permitiera ubicar un conjunto de elementos necesarios para la intervención. ¿Cuáles son ellos? Conceptualmente Cerda recoge de Lenin los siguientes: ‘enemigo inmediato’, ‘golpe principal’, ‘desplazamiento de la contradicción’; sobre la base de estos elementos se podía determinar el conjunto de ‘fuerzas de la revolución’, la ‘fuerza motriz o dirigente’, pero sobre todo el carácter de las alianzas, ya sean estas estratégicas o tácticas, inmediatas o mediatas.

Efectivamente lo que está operando en el análisis es que con Lenin se podía pensar la complejidad de una situación de coyuntura y que toda ‘ciencia de la política’ que se aspirara a construir se asentaba sobre el despliegue de distintas temporalidades: ellas no están definidas en sus componentes, de manera previa al enfrentamiento, sino que son emplazadas por la coyuntura: cada una de esas temporalidades correspondientes a clases, grupos, intereses, asumía una fisonomía en el momento de la intervención. Esas temporalidades desplazaban contradicciones, fuerzas, alianzas, consignas hasta antes vigentes, es decir, unas nuevas necesidades las relevan y colocan el escenario de la confrontación en otro espacio. Es por ello que, también se lanza contra el ultraizquierdismo que para él representa la revista *Punto final* (ligada a la organización llamada MIR):

Una de las características que mejor definen el infantilismo izquierdista es su tendencia a asilar al proletario, a concebir la revolución como un proceso lineal o espontáneo, en el cual “las fuerzas más revolucionarias” se “toman” el poder independientemente de la correlación de fuerzas que hace posible la revolución. (Cerda, 1971, p. 73)

Ya en esta cita se aprecia la apertura que hace Cerda, la revolución no es proceso lineal, teleológico o necesario, sino producto de una práctica política asentada en el tiempo, pero también que la revolución no es un acto mesiánico, sino un proceso que avanza en distintas coyunturas. No hay un golpe final y definitivo, sino sucesión de batallas por ganar, que acumulan fuerzas, dilapidan energía, construyen alianzas y destruyen también anclajes de los adversarios. Esas distintas coyunturas someten el ejercicio de la intervención política a distintas temporalidades: una es la del ejercicio de la oposición, otra la del ejercicio del gobierno y así sucesivamente. Si bien Cerda como “vocero” del PCCh (Álvarez, 2011) recurrió a Lenin como figura de autoridad, no deja de ser un Lenin renovado y fresco, que busca estar a la altura de la vía chilena al socialismo.

En la línea de enriquecer la historia del marxismo en América Latina, resulta sugerente contrastar la propuesta teórica de Cerda con la del sociólogo también de origen chileno Tomás Moulian, quien en un periodo posterior al de la experiencia de la Unidad Popular expone una lectura crítica de Lenin. Moulian había sido parte de los

introdutores de Althusser al medio chileno y también había participado en la fundación de un partido político, el MAPU, es decir, se trata de una recepción por fuera de los círculos comunistas y más próximo a las lecturas radicalizadas de la teología. El reto para el sociólogo chileno es enfrentar a Lenin con el propio Lenin, es decir, tensionar su obra y mostrar sus contradicciones y las fisuras de su planteamiento, para aprender a partir de ellas. Con todo ello apostaba a mostrar que existían dos momentos distinguibles. Ambos momentos imponían precisar la diferencia, para no caer en lecturas expresivas. De alguna forma Moulian pretendía hacer lo que Althusser había sugerido para la lectura de Marx: distinguir momentos, cortes o rupturas al interior de la obra, es decir, evitar una lectura en clave de “totalidad expresiva” (Althusser, 1967, p. 105), en donde el todo determina a la parte de manera absoluta.

Moulian procedió demarcando la tensión que existía en la obra de Lenin a partir de las obras *¿Quiénes son los amigos del pueblo?* y el *¿Qué Hacer?* Con ello parte de un lugar 180 grados de distancia a la ubicación teórica del anterior teórico, Carlos Cerda: para él la afirmación de que Lenin construyó una ‘ciencia de la política’, es decir, una teoría de la revolución para un periodo específico debe ser cuestionada. Dice el sociólogo chileno: “No hay que buscar en Lenin ‘leyes’ de la práctica revolucionaria, sino una manera de abordar el análisis de la acción” (Moulian, 1980, p. 17). Aunque en el extremo opuesto a Cerda, para Moulian es también la primacía de la intervención resulta lo crucial de la lectura de Lenin.

La crítica que Moulian realiza al primer Lenin, es decir al que escribe *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, se encuentra asentada en la construcción de la categoría de ‘necesidad histórica’. Según Moulian, en este segmento de la obra de Lenin prima un reduccionismo que provoca falsas totalizaciones, donde la ‘estructura’ prima siempre sobre lo ‘superestructural’. Ello es así porque la cárcel científicista, heredera de la lectura de la II Internacional, se le impone al revolucionario ruso y provoca que actúe con fuerza el reduccionismo de la noción de que existe una ‘última instancia’ y sigue presente, también, la noción de la ‘esencia’ determinante como el eje articulador: las relaciones de producción son ese concepto en el cual se encuentra el secreto de la totalidad. Todo ello se debe a que Lenin construyó una teoría de la formación social capitalista donde sólo pesa lo estructural (las relaciones de producción), que el marxismo aprehendería a partir de leyes sociales, que operarían equivalentemente a las leyes de la naturaleza, es decir, de manera necesaria y universal. El científicismo del que es presa el líder político lo obliga a reducir a los elementos ‘totalizadores’ negando importancia a otras tramas de la vida social (como puede ser la cultura, la política o la ideología) y que estas sean

consideradas como meras expresiones o epifenómenos de dicha ‘esencia’. En esas condiciones no hay posibilidad de construir una teoría de política ni una noción de la intervención política. Es perceptible la crítica de corte althusseriano que Moulian realiza sobre Lenin en este momento de su argumento.

Dice Moulian sobre el entramado categorial del texto que critica: “Lenin deriva el [concepto] de necesidad histórica. Las nociones de formación social y de proceso histórico natural tienen una significación precisa dentro del discurso: indicar que existe un nivel determinante, las relaciones de producción” (1980, p. 25). La cárcel cientificista se romperá con la redacción del *¿Qué hacer?*, desde el punto de vista del sociólogo chileno es con esta obra que Lenin aborda al fin el tema de la praxis más allá de una noción instrumental y accesoria. Al asumir centralidad también lo hace la posibilidad de la intervención política. Con el *¿Qué hacer?* aparecerá, según Moulian, una ‘tesis materialista de la conciencia’, en donde la conciencia obrera se encuentra aún subordinada por la cultura burguesa, es decir, es una determinación de la totalidad. Esto para Moulian es un avance que permite mover radicalmente la perspectiva hasta entonces existente. Nuestro autor coloca cierto énfasis en la respuesta que Lenin da a la pregunta de por qué la conciencia obrera aparece limitada en su estado inicial, escribe: “Las razones que indica se refieren a la organización de la cultura burguesa, al carácter más perfeccionado de la concepción del mundo y de los aparatos ideológicos” (Moulian, 1980, p. 28). El Lenin de 1903 es entonces el que emplaza como eje central la práctica política, el proceso de politización y, por tanto, el proceso mismo de la intervención. Dejada a su inmediatez la conciencia obrera queda atrapada en el ‘obrerismo’ burgués, es decir, en la política sindicalista, inmediatista, donde la sociedad no aparece nunca como una totalidad sobre la que se puede actuar o intervenir. La salida de Lenin a esta situación es la conocida teoría de la importancia de la conciencia desde fuera de la clase, motivación que no aparecería en “¿Quiénes son los amigos del pueblo?” debido al determinismo que en él se ubicaba.

Para Moulian, Lenin da algunos pasos muy relevantes que, considerados hoy, apuntan a la desacralización del ‘leninismo’ inventado por el Stalin, Trotsky y el resto de los líderes de su momento y que aun hoy es recreado por doquier. El punto más relevante es el de la primariedad de la política (es decir, de la capacidad de intervención de sujetos politizados) sobre otras instancias o determinaciones de la totalidad. Ello obliga a restablecer el lugar de lo político, su trama, sus determinaciones, así como la contingencia que suscita su presencia. Sólo así se podrá evacuar definitivamente el determinismo, pues la política socialista no sería ya más ‘socialización de los medios de producción’, sino avocarse en la construcción de una intervención política en clave democrática.

Además, se da paso a una noción en donde lo más importante es la acción de los sujetos y no las representaciones de “actores” que ya tienen predefinida su tarea en el escenario estructural. Lenin, leído en esta clave, desmoviliza las filosofías de la historia.

La conclusión de Moulian es que Lenin dio en la práctica los pasos adecuados, aunque en términos teóricos nunca terminó de consumarlos. Para decirlo en corto, la crítica práctica fue más allá de la crítica teórica. En un intento de desacralizar y desfetichizar al ‘leninismo’, Moulian pasa factura a las ambigüedades y limitaciones, cargado de un arsenal que rodea entre Lukács, Korsch y Althusser. El sociólogo chileno se avocó no a concluir una ‘teoría de la revolución’ o una ‘sociología de la revolución’, sino los límites de las ambigüedades del máximo exponente de la práctica transformadora.

Las consideraciones de Moulian van en sentido similar a la que produce el venezolano Freddy Muñoz, quien militó en el Partido Comunista Venezolano y que formó parte del núcleo fundador del Movimiento al Socialismo de ese país. Su obra, sin embargo, fue reproducida en México, específicamente en Sinaloa, lugar en donde el comunismo tenía gran influencia, al tiempo que convivía con posiciones ultraizquierdistas entre los universitarios. El trabajo de Muñoz funciona como bisagra, entre las primeras teorizaciones ya señaladas y las posteriores. La reflexión sobre Lenin se fue moviendo lugares clave de la lucha política de masas, hacia la experiencia político-armada de la década de 1980.

En su libro *Revolución sin dogma*, Muñoz argumenta en torno al concepto de situación revolucionaria, vinculando voluntad con condiciones; argumentando que la vanguardia no nace, sino se hace y que el proceso educativo no vuelve al partido el eje de toda actividad. Podemos pensar el trabajo de Muñoz como una intervención sobre los principios del “leninismo”, apuntalando que en Lenin en realidad hay una “concepción política global” que actúa en la coyuntura, pero que esta no puede “ser creada a voluntad por fuerza social o partido” (Muñoz, 1980, p.77). Así, la coyuntura o situación revolucionario se entiende tanto por situaciones objetivas –ajenas a las condiciones de voluntad– y a la intervención decidida de los actores políticos. Lenin funciona, para él, como el autor que muestra los procesos de preparación para intervenir, pero también para atender las crisis.

Entre las lectoras más productivas del marxismo latinoamericano se encontró Marta Harnecker (Starcembaum, 2023). Alumna de Althusser, su fuerte compromiso con la revolución cubana y el proceso chileno la llevaron a un largo exilio, pero también a una conexión con los procesos revolucionarios centroamericanos de la década de 1980. Especial importancia tiene el año 1985, en el que la psicóloga y reconocida pedagoga

cuando aparecieron sus obras *Estrategia y táctica: instrumentos leninista de dirección política* (1985) y *La revolución social: Lenin y América Latina* (1985); el primero en Buenos Aires firmado en agosto de 1985 y el segundo en la Ciudad de México en enero de ese mismo año. Ambas obras expresan la lectura-diálogo que la autora realizó entre Lenin y la revolución nicaragüense.

Temáticamente el firmado en segunda instancia (*Estrategia y táctica*) es conceptualmente inicial en el planteamiento global. Bajo un estricto seguimiento de la obra de Lenin, la autora desglosa, de manera lógica, los instrumentos para analizar situaciones políticas. Por ejemplo, el de “correlación” que incluye a las fuerzas sociales enfrentadas y agrupadas, tal como ejemplifica a través de Lenin en 1905 y 1917. A partir de ahí matiza como en coyuntura es preciso distinguir entre las fuerzas opositoras, las motrices, las dirigentes y la principal. Al final de ese primer largo capítulo Harnecker utiliza numerosos ejemplos latinoamericanos —Cuba, Guatemala, Chile— para demostrar lo cambiante y movable de la situación, señalando que no basta con agrupar fuerzas si estas no encuentran una dirección clara, pero también distinguiendo que en ciertas condiciones los sectores aparentemente alejados de los procesos revolucionarios pueden converger con estos a partir de demandas puntuales.

A partir de la identificación y diferenciación del lugar de las diversas fuerzas —insistiendo en su carácter no permanente— Harnecker pasa a definir el concepto de estrategia, distinguiendo la militar de la política. La estrategia, dice, “determina el camino general por donde debe encauzarse la lucha de clases” (Harnecker, 1985, p. 93). Más adelante, elaborará el mismo perfil político de la táctica, señalando que la actividad política concreta no se da de acuerdo a deseos, sino a situaciones específicas. Todo esto revela importancia puesto que, desde la lectura de Lenin que hace, la confusión que se observa en la actividad política cotidiana obliga a “asir la cadena” (de acontecimientos) no desde un lugar al azar, sino desde el eslabón fundamental de ella.

Esta revisión inicial sin embargo solo adquiere sentido pleno cuando se observa el despliegue conceptual del segundo libro, publicado por la prestigiosa editorial Siglo XXI. En ella ya no se coloca el énfasis en los “instrumentos de dirección”, sino en la comprensión de las diversas situaciones del análisis político. La operación de Harnecker tiene como eje comprender un pensamiento del que dice, se han excluido, en favor del dogma “las contradicciones, los cambios, las rectificaciones” (Harnecker, 1985a, p.15). Así, dentro del cuadro de una revolución ubica sus fases, o sus “oleadas”, concepto que extrae de la obra de Lenin.

La recuperación de las condiciones, situaciones, escenarios, se hace desde una lectura latinoamericana, en donde no hay unilateralidad de posiciones o de emplazamientos políticos. Por ejemplo, debe considerarse la disputa por la librería nacional como una fase para la construcción del orden social postcapitalista. Varios elementos inéditos frente a otras producciones aparecen en esta obra. Por ejemplo, la idea de la caracterización de la revolución, que implica identificar las “tareas” que afrontar políticamente y que, dice, en el transcurso de los acontecimientos se disocia de las clases que las impulsan. Esta disociación lleva a que “tareas” políticas sean realizadas en momentos o por fuerzas cuya linealidad no es clara.

Otros elementos importantes —ausentes en las teorizaciones precedentes— vuelven a la obra de Harnecker valiosa. La primera es la idea no sólo de la realización de la revolución, sino también de su defensa. Esta sección, parece tener la dedicatoria hacia la gesta sandinista, que en ese momento encantaba al mundo con su pureza, aunque el ejemplo que usa, después de escarbar en los textos de Lenin, es el de Cuba. El otro es la consideración de la dimensión internacional, en el contexto tanto de ofensiva política como de defensa de situaciones revolucionarias.

Harnecker es quizá la que mejor emprendió el diálogo entre Lenin y situaciones concretas de la lucha política latinoamericana. Favorecida por la red de contactos que atravesaba el impulso internacionalista cubano, solía estar bien informada de las situaciones concretas de determinados procesos, llegando a entrevistar a numerosos líderes revolucionarios, como Mario Payeras en Guatemala. Su esfuerzo de colocar a Lenin al servicio de la forma específica de la revolución centroamericana ampliaba el espectro, llevándola a considerar a las comunidades indígenas, a los militantes cristianos, a los sectores de desempleados, entre otros. El Lenin de Harnecker pasea por el itismo con naturalidad, pues hacía parte tanto de la ofensiva, como del resguardo de triunfos acumulados, que, se pensaba, eran de largo plazo.

La última visita que haremos en este recorrido de teóricos latinoamericanos que se han apropiado de Lenin será en la seminal obra de Álvaro García Linera. Se trata de una de las últimas producciones previas al año de 1989 (clave para la historia del comunismo), pues se publica de manera clandestina en 1988. Se trata de una obra de escasa difusión dentro y fuera de Bolivia y que se da en medio de la formulación de la guerrilla en esa nación: el Ejército Guerrillero Tupak Katari. Titulada *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia (a propósito de obreros, aymaras y Lenin)*, el ahora vicepresidente boliviano realizó un ejercicio teórico y político de comprensión de la dinámica política boliviana, particularmente de la manera en que la izquierda se ha comportado y a la que califica sin empacho como “izquierda reaccionaria”. Destacamos dos partes,

una primera que versa sobre los aspectos que García Linera ve en Lenin como analista político y uno segundo que valora la aportación principal del dirigente ruso.

Álvaro García Linera observa que existen cuatro aspectos de los procesos políticos revolucionarios que deben ser considerados a partir de la obra de Lenin. En primer lugar, señala que en todo proceso existe una dimensión que versa sobre los objetivos: destaca los procesos de construcción de proyectos (lo que se quiere lograr), con respecto a las condiciones sociales políticas existentes (es decir, lo que se puede lograr). En esta primera instancia juega sin duda el ánimo “objetivo” de las condiciones materiales y sociales de la acción política. En segundo lugar, considera que en Lenin existe una dimensión de análisis que distingue entre las fuerzas sociales y su heterogeneidad, es decir, su capacidad de acción e intervención. Así, sigue a Lenin en la distinción de las “fuerzas sociales dirigentes” y la “vanguardia”. De dicha diferenciación García Linera distingue los factores “subjetivos”, que son aquellos que tienen que ver con la posibilidad de movilización, con la iniciativa, con la capacidad de trazar líneas políticas, alianzas, tácticas diferenciadas. A diferencia de la primera instancia, aquí un sujeto localizado históricamente es lo más importante. En tercer lugar, examina sobre la consideración de los “métodos”, de las formas de lucha: a diferencia de los interlocutores con los que polemiza (el anarquismo, el comunismo y el trotskismo boliviano) García Linera aduce que no hay método preestablecido, sino una continua convocatoria que se realiza en el entramado de la lucha política y varía según las condiciones y la experiencia histórica de los sujetos con iniciativa (las “fuerzas sociales dirigentes”). Finalmente, de estas tres condiciones (sujeto, objeto y método) desprende, con Lenin, la posibilidad de los tipos de alianza.

Como podrá observarse, no parece haber gran originalidad o distancia con los otros planteamientos. Lo que hace peculiar la lectura de Lenin por parte del boliviano es su profundización sobre el carácter subjetivo de las condiciones de la revolución. El combate teórico de García Linera consiste en derruir cualquier equiparación entre el factor subjetivo de la revolución y el desarrollo, y despliegue de una forma partidaria. Así, escribe: “el partido se convierte en la ‘esencia original’ hegeliana, que da origen y explicación a todo” (García Linera, 1988, p. 221). Denunciando el fetiche del partido, el intelectual boliviano pretende desplazar la problemática hacia otro lugar: el definir, con Lenin, los verdaderos momentos de la subjetividad política.

Define entonces la condición subjetiva como la actitud y decisión de las clases sociales. Si las condiciones subjetivas no se dan en el partido, entonces deben encontrarse en otro lugar: es la capacidad de movilización de las “masas”. Aquí es conveniente pre-

guntarse qué se entiende por condiciones subjetivas. La respuesta de García Linera a esta interrogante no deja lugar a dudas, se trata de la capacidad histórica, situada y concreta de quienes se movilizan. Condición subjetiva no es desarrollo del partido, sino iniciativa social, confluencia de aspiraciones entre distintos sectores de clase y entre distintas clases, ánimo de lucha y movilización. Además de todo ello, que parecería recaer en un plano de la intencionalidad, también existe la parte práctica: condición subjetiva es también habilidad organizativa, disposición material de lucha y rabia.

Por condiciones subjetivas no debe entenderse, según García Linera, y de acuerdo con Lenin, un fetiche partidario, ni tampoco el desarrollo de una “conciencia” en abstracto. Condición subjetiva es siempre un ánimo práctico y material, que descansa en las grandezas y limitaciones de quienes se movilizan. La condición subjetiva tiene que ver con la historia, la experiencia y la capacidad de aprendizaje e incluso con la furia del oprimido, recordando una frase de René Zavaleta. Escribe García Linera: “El papel del partido es el de impulsar, reforzar, generalizar, desde adentro de las mismas masas a partir de sus experiencias” (García Linera, 1988, p.226).

La obra de García Linera es mucho más amplia que lo que ahora destacamos, sin embargo, es útil para los fines propuestos, que son los de observar una determinada apropiación de la obra de Lenin. Su lectura de Lenin es curiosamente la de un Lenin antipartido, un Lenin que más bien apunta a los elementos práctico-materiales de organización de las clases que se movilizan y conservan cierta memoria de sus luchas. Es un Lenin sumamente original y que se aborda en clave de una lectura de “crítica de la economía política”, sin dejar de lado ciertos elementos centrales para el análisis estratégico.

Para finalizar, es importante considerar que en los años que transcurren entre la publicación del texto de Núñez Tenorio y la propuesta de García Linera, el marxismo se ve fuertemente cuestionado en cuanto a la centralidad de una teoría de la política en su seno. Estos tres autores pretendieron establecer las coordenadas para cubrir esa falencia, que se volvía evidente al momento de pasar revista por temas candentes en el continente. Una lectura latinoamericana de Lenin en gran medida se puso en guardia ante los cambios que sucedían en el marxismo centroeuropeo, que viraban hacia el liberalismo al no encontrar en el marxismo los elementos suficientes para pensar la política moderna. El registro latinoamericano da cuenta, por un lado, de la insistencia en pensar con Lenin la política moderna y, por el otro, establecer una ruptura con las versiones estalinistas, aunque este último intento no tuvo siempre su mejor logro. Más allá de la evaluación que se realice ahora, es significativo registrar su existencia.

De Hanoi a La Habana: un anti-colonialismo revolucionario

El “huracán” cubano trajo nuevas notas al continente teórico marxista. Los aires de renovación que se dieron tras el XX Congreso del PCUS (1956) sólo se reforzaron de manera efectiva a partir de 1959. Y fueron precisamente los cubanos quienes buscaron abrir una veta nueva sobre el eje articulador de la propuesta de Lenin con respecto de la situación de los pueblos colonizados. Dos publicaciones ejercen fuerte atractivo para nuestro objetivo, ambas aparecieron en 1970 con motivo del primer centenario del nacimiento de Lenin, se trata del número 59 de la revista *Casa de las Américas* y del número 2 de la revista *Unión*, publicación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, sin embargo, nos limitaremos a la primera, que resulta teóricamente más relevante para nuestro objeto de estudio.

El camino que tuvo que seguir el Lenin que presentaron algunas de las personalidades más importantes de la intelectualidad revolucionaria cubana, no fue sencillo. Este número 59 de *Casa de las Américas* es muestra de ello. Se destacan dos colaboraciones: la de Carlos Rafael Rodríguez, que abre el número con el artículo titulado “Lenin y la cuestión colonial” y la del propio director de la revista, Roberto Fernández Retamar con el titulado “Notas sobre Martí, Lenin y la revolución anticolonial”: estos textos tendrán la fortuna de ser difundidos ampliamente en los sectores de la izquierda latinoamericana.

Ambos autores comienzan demarcando sobre el “eurocentrismo” de Marx y la necesidad de comprender la utilidad del instrumental marxista a pesar de ciertas declaraciones, frases o concepciones. Rodríguez debate con Hélène Carrère D’Encausse, autora de *El marxismo y Asia*, cuyo objetivo es articular el concepto de “revolución democrática burguesa” con las condiciones posteriores a 1959. A partir de algunas consideraciones sobre las incomprendiones del marxismo hacia los países colonizados es que podemos entender la posición de Rodríguez. En primer lugar, debemos señalar dos aspectos, uno de carácter teórico y otro de carácter político: las posibilidades de mirar al mundo colonial que tuvo Lenin se debe, en primer lugar, a desautorizar las insistencias “populistas” (en el sentido ruso del término) de pasar al socialismo por vías no capitalistas (como lo era la comuna rural) y, por el otro lado, el combate político de las vertientes más eurocéntricas de la socialdemocracia, que llegaron a apelar a una “política colonial socialista”. El recuento de Rodríguez no abrevia tanto de la tesis teórica sobre el populismo y las vías no capitalistas o comunitarias, sino más bien abrevia más profundamente de la tesis política antirreformista y anticolonial. Así, Rodríguez reconstruyó, a partir de los textos y documentos políticos redactados por Lenin, el cambio de posición, cada vez más radical, con respecto a la política colonial de los socialdemócratas. Según el cubano, habría sido la revolución china la que abrió las puertas para entender el problema colonial en su doble dimensión. Una de ellas versaría sobre el

concepto de autodeterminación de las naciones y la otra sobre la cualidad de la revolución democrática burguesa.

Aunque ambas nociones se encuentran estrechas, una no sigue a la otra. En realidad, la tesis de la autodeterminación es compartida por casi todo el movimiento revolucionario (con excepción, quizá, de Rosa Luxemburgo). En cambio, la comprensión del concepto de “revolución democrática burguesa” respondía a una elaboración política distinta, aquella que pone énfasis ya no en el mundo central europeo, sino en el colonial, colocando el énfasis en el lugar de los campesinos y la diversidad de formas políticas existentes:

Si en toda la primera fase de la revolución socialista, hasta la paz de Brest, sus esperanzas para el desarrollo de la revolución mundial tenían su centro en Europa y en el proletario de los grandes países capitalistas desarrollados, su genio estratégico le permitió comprender —en ese momento de reflujo revolucionario europeo— la enorme reserva que la Revolución rusa tiene en este otro lado de sus fronteras. (Rodríguez, 1970, p. 19)

El descubrimiento del “Oriente”, principalmente campesino, sus discusiones tras la fundación de la Internacional Comunista con el hindú M.N. Roy, así como la derrota de la revolución europea, le permitieron a Lenin elaborar una estrategia política distinta. De esta manera, la “revolución democrática burguesa”, concepción elaborada por Lenin, tendría un contenido más profundo al mirar, no a la “gran burguesía” aliada de los países coloniales, sino que apelaría a medidas antiimperialistas (“nacionales”) en tanto que apuntaría a la conquista de la dirección política de sectores medios afectados por el imperialismo, la política colonial y las alianzas de los centros metropolitanos con un sector de la gran burguesía local. Curiosamente, la “revolución democrático-burguesa” que Rodríguez reconstruye en Lenin es poco burguesa (por el “sujeto” que la lleva adelante), pero sí campesina y con pretensión de construcción hegemónica. Quizá tensando el texto, con el Lenin de Rodríguez, lo que tenemos es un revolucionario ruso más cercano a Ho-Chi-Minh y a Fidel Castro, es decir, más convencidos de la necesidad conquistar a las mayorías sociales y menos preocupados por la fraseología radical. Es decir, más cercano al propio Lenin que a las construcciones posteriores de su figura.

El texto de Fernández Retamar avanzó por una senda similar. En este caso, desde el comienzo, no se pone tanto énfasis en los dichos de Marx en general sobre el mundo colonial, particularmente de América Latina (aunque los repasa brevemente), sino que, tal como lo hará Bruno Bosteels en nuestros días, repasa sobre la “lógica del desencuentro” (Bosteels, 2014, p. 43) entre Martí y Marx. Según Retamar, es el prócer cubano el que “no

parece haber reconocido las verdades esenciales del marxismo” (Fernández Retamar, 1970, p. 117), es decir, quien no entendió la potencialidad del discurso inaugurado por Marx al seno de la lucha anticolonial, en tanto que “a Marx no le era posible apreciar debidamente el que sería el planteo de Martí” (Retamar, 1970, p.118), dado que las estructuras sociales existentes en el mundo colonial hacían imposible la práctica marxista. El marxismo, en ese sentido, no era posible por falta de lecturas o de entendimiento, sino por su configuración material. Sobre la base de estos desencuentros es que el también poeta cubano elaboró una estrategia de acercamiento entre Martí y Lenin en quienes ve, por el contrario, profundas posibilidades de encuentro.

Para Fernández Retamar, el punto de articulación de dos prácticas tan diversas es posible dada la época histórica del imperialismo y, por tanto, se establece el contenido anticolonial. No sólo porque, siguiendo a Lenin, el cubano reafirmaría que el trabajo explotado en las colonias es fundamento del propio capitalismo, sino que la práctica martiana: “fue la primera acción organizada contra el imperialismo yanqui y consecuentemente, inaugura por el lado colonial la época presente” (Fernández Retamar, 1970, p. 123). Es decir, Martí inauguró en su práctica política lo que Lenin categorizará como la época de la revolución. Como puede observarse, el Lenin anticolonial que presenta Fernández Retamar es aquel que se encuentra con la práctica de lucha inaugurada en las colonias, en donde revolución y anticolonialismo se traslapan en la época imperialista.

El Lenin para estas dos figuras cubanas es sin duda uno que está atravesado por la potencia renovadora de la revolución cubana. Resulta convincente presentarlo porque articula a través de discusiones propias de la década de 1960 una posible lectura del líder ruso a partir de las especificidades del mundo colonial. Se trata de un Lenin que aprende de las lecciones políticas de Asia, particularmente de China, al tiempo que coincide con los esfuerzos de otras zonas del mundo colonial, justo cuando éste se encuentra subsumido en una lógica inexistente que en la época de Marx: la del imperialismo, es decir, la del dominio formal y real del capitalismo a lo largo y ancho del mundo.

Lenin, no obstante, transitó de otras maneras por el malecón habanero al calor del evento revolucionario. La pluma de la marxista Thalía Fung, una politóloga cubana que durante un periodo importante fue integrante del consejo de redacción de la revista *Pensamiento Crítico* resulta clave. Fung produce un conjunto de textos, desde la isla, entre cuya publicación median dos décadas, sin embargo, en ellos mantiene una línea argumental que es destacable. En el caso del primer texto, aparecido en el tomo primero de las *Lecturas de Filosofía*, Fung establece los parámetros fundamentales para entender “la teoría de la revolución en Lenin”. Aun con un lenguaje anclado en la teleología, la “necesidad” y la centralidad proletaria, existen momentos en donde Lenin le permite escapar de ella y

concentrarse en los procesos de aprendizaje político, uno de los motivos más importantes que encuentra en el revolucionario. Dice a este respecto sobre la clase obrera: “era necesario lanzarla a la lucha revolucionaria, táctica y estratégica por la toma del poder, porque para educar al proletariado, para desarrollar su conciencia de clase no hay mejor escuela, para Lenin, que la propia revolución” (Fung, 1968, p 344). El conjunto de elementos que la autora despliega resulta muy relevantes para comprender las coordenadas en la que el dirigente ruso despliega sus aportes teóricos. Entre ellos, para Fung, el punto principal es que “el imperialismo había creado una situación nueva” (Fung, 1968, p. 347), la cual consistía en que el desarrollo del despliegue capitalista se mostraba de una forma mucho más heterogénea. La teoría de Lenin demuestra entonces que el mercado mundial, tal como fue pensado por Marx, es apenas un punto de arranque para el análisis de la situación concreta, que amerita mostrar la diversidad de formas de dominación. Se trata de la metáfora famosa de la “cadena imperialista”. Según Fung, Lenin habría formulado la “ley de la desigualdad del desarrollo económico y político del capitalismo”, abriendo la posibilidad para que la “necesidad” de la historia pasara de los países centrales a los países coloniales. Justamente con este punto concluye su análisis:

Lenin conceptuaba como nuevos agentes de la historia –producto del desarrollo desigual del capitalismo– a las masas explotadas de los países colonizados. Planteaba la necesidad de dar- le una base teórica a la tesis de que los países atrasados puedan pasar al comunismo, a través de diversas fases de desarrollo, soslayando la fase capitalista. (Fung, 1968, p. 352)

Este desarrollo encontrará una nueva formulación en un texto de título sugerente: “Tres notas sobre la dialéctica política en Lenin”. Esta producción resulta crucial, pues en ella se exponen, finalmente los nudos problemáticos sobre el Lenin anticolonial. Comienza por demarcar lo que ella considera son vínculos entre Marx y el dirigente ruso:

Lenin no reescribe a Marx, sino que consciente de su épica tarea, verifica las tesis demostradas teóricamente en *El Capital*, en una sociedad más compleja por heterogénea o híbrida, donde no sólo coexisten multiplicidad de modos de producción, sino que se encuentran injertados fenómenos socioeconómicos diversos en dichos modos, pero, asimismo, donde surgen tendencias que adquirirán escala universal. (Fung, 1988, p. 18)

Esta cita nos permite justamente la tensión entre una perspectiva universalista y la especificidad de algunos fenómenos del mundo colonial. La tensión es perceptible en la autora, quien se mueve aún en el lenguaje del “determinismo” histórico y de la “férrea

necesidad” de las leyes de la historia; pero al mismo tiempo elabora una concepción distinta. Ella se encuentra justamente en la “dialéctica política” que, desde su punto de vista, concibió Lenin. La “dialéctica política” es posible porque se capta el paso del capitalismo en su concepción homogénea a una forma diversa y alternada de despliegue, ello repercute de inmediato en el centro de la tarea política. El paso fundamental es que lo que tradicionalmente se concibió como “revolución democrática”, pasa a ser, en las nuevas condiciones, la revolución nacional-liberadora, o en el lenguaje más clásico, la liberación nacional. El centro de la política de Lenin se encontraría entonces en la subversión del esta-tuto de dominación colonial. Ello tiene implicaciones, tanto en el terreno estrictamente teórico-económico como en el teórico-político.

La más importante de ellas es que cuando se determina la revolución democrática como de liberación nacional tienen que emerger nuevos sujetos:

Lenin caracterizó el contenido histórico-concreto del concepto de “masa”, y señaló que los comunistas no sólo deben influir en la mayoría de los obreros, sino en la mayoría de los explotados. Conceptuó a las masas como el conjunto de los trabajadores y explotados, el pueblo todo. (Fung, 1985, p. 25)

Esta manera de presentar el problema, sin embargo, será profundizada, cuando la autora señale:

Al analizar la composición clasista de los pueblos colonizados Lenin constata el peso absolutamente mayoritario del campesinado en estos países [...] Consideraba que el principal factor de éxito del movimiento de liberación nacional radicaba en la participación activa de las amplias masas, por lo tanto, insistió sistemáticamente en la necesidad de apoyar, en particular, al movimiento campesino contra los terratenientes... (Fung, 1988, p. 27)

Las conclusiones son evidentes para la autora, tanto Marx y Engels en un primer momento, como para Lenin después, sostuvieron la necesidad de apoyar los movimientos “nacionalistas” de la época, después conceptualizados como de “liberación nacional”. Es evidente entonces que la operación de la autora es múltiple, concentrándose en ciertos textos de los autores clásicos y colocando en la etapa del siglo XX al componente campesino como el central. Asimismo, se recurre al concepto de “masas” para descentrar la figura clásica del proletario industrial. Algunos de estos elementos serán compartidos por otros autores, aunque con sus matices y diferencias, como veremos a continuación.

El siguiente referente es el escritor Jesús Díaz, quien se volverá una figura controversial al desertar de la revolución y fundar en Madrid la revista Encuentro. Sin embargo, en la década de 1960 fue uno de los intelectuales que participó de manera activa en la configuración de la revista *Pensamiento Crítico*. Dicha publicación, central desde nuestro punto de vista para entender la renovación de la reflexión marxista tanto en su vertiente “occidental” como en la anticolonial. Para nuestro propósito es prioritario hablar del número 38 de marzo de 1970. El número es una compilación por entero dedicado a lo que podríamos denominar “el último Lenin”; algunos de esos materiales, incluido el texto de Díaz que comentaremos a continuación, serán recogidos unos años después por el grupo “Pasado y Presente” comandado por José Aricó. En el caso del Cuaderno de Pasado y Presente, se trata del no. 25 cuyo título es *Contra la burocracia/Diario de las secretarías de Lenin*. En la breve nota introductoria al volumen de la revista se adelanta que el texto de Díaz es una parte de un libro más amplio, que por razones desconocidas nunca apareció.

Podemos entonces preguntarnos qué tipo de Lenin se opera en la lectura de Díaz y presentada en las importantes páginas de *Pensamiento Crítico*. El recorrido de Díaz se ubica en el último periodo de vida de Lenin, es decir, aquel en donde los problemas de la gestión del Estado y la economía han resultado más complejos de lo esperado. Se trata de analizar la intervención de Lenin en el tránsito del “comunismo de guerra” al establecimiento de la Nueva Política Económica (NEP por sus siglas en inglés). Corresponde a periodo sumamente complejo en la historia soviética, pues se atraviesa con el inicio de estabilización de los gobiernos occidentales anteriormente asediados por los movimientos revolucionarios. El fin de la guerra civil y la necesidad de organizar el Estado y la economía llevaron a Lenin por caminos in-sospechados, hasta ese momento.

También refiere al momento de declive de los ánimos revolucionarios en Europa central, que se traduce en un cambio de actitud sobre la situación del socialismo en Rusia: ya no será sólo el proletario europeo (específicamente alemán) el que “salvará” al socialismo del país “atrasado”; sino que éste mismo tendrá que sobrevivir con sus propias fuerzas y recursos limitados. El “socialismo en un solo país” no es una traición, para Díaz, de los impulsos de la revolución mundial, sino una condición que Lenin tuvo que afrontar sobre la base de una autocrítica importante a sus postulados anteriores.

El énfasis de Díaz no se encuentra tanto en las discusiones a propósito de la constitución de las formas económicas o el ceder industrias a la inversión externa, sino en el efecto teórico que esta situación tiene. Para Díaz, el hecho de que la revolución en Occidente no tuviera lugar fue ante todo un motivo para la auto crítica de Lenin, generando un espacio teórico novedoso e inesperado. Si la revolución de 1917 era un acon-

tecimiento político de gran envergadura, su supervivencia demanda repensar la teoría con la que se contaba hasta ese momento:

De pronto, los esquemas teóricos estallaron quemando los ojos de los eurocentristas. La revolución no se produjo en varios de los países más desarrollados de Occidente sino en un solo país, semi europeo y semi asiático, semi civilizado y semi bárbaro. Allí donde no podía producirse, y ahora ese país estaba desangrando y sólo, luchando. (Díaz, 1978, p. 38)

El efecto teórico era fundamental: la revolución ocurría no donde las férreas leyes de la necesidad lo dictaban, sino en donde era factible. Así, la revolución era también una subversión de la teoría. Quizá esto mismo aplicaba para la pequeña isla localizada a unos kilómetros de la potencia económica más importante del siglo XX.

Ello genera cambios, para Díaz, en el pensamiento de Lenin y lo que lo ponía en un estatuto distinto y más avanzado: “Fue esta subversión, esta burla que la historia hizo a la teoría lo que no lograron comprender los marxistas ortodoxos que identificaban la Revolución rusa como una aberración, ni los neo-ortodoxos que reducirían, después el proyecto a los resultados”. (Díaz, 1970, p. 38) Para Díaz (y esto contrasta con la correspondencia que Fung ve con Marx), Lenin subvierte a Marx al ser la representación de la autocrítica de un proceso. Lenin logra algo no por su genialidad, sino por ser crítico ante la situación en la que interviene: “la subversión del orden teórico” (Díaz, 1970, p. 39).

Para el autor cubano dos son las cuestiones fundamentales. La primera tiene que ver con el problema de la “cultura” en tanto que la segunda referiría a la lucha contra la burocracia y los procesos de burocratización, perceptibles en su época. Según el argumento de Díaz es que al ser en Rusia y no en Europa en donde aconteció la revolución, el problema de la “revolución cultural” se modificaría en los términos en los que esta se sustentaba: no era el desarrollo cultural un momento previo a los procesos de emancipación, sino que la rebeldía del pueblo era el paso previo a la conquista de la cultura. Estos términos de la inversión de la ecuación permitían sostener entonces que la cultura burguesa no era el requisito que los pueblos tenían que conquistar para poder avanzar al socialismo; sino que era la rebeldía la que configuraba un nuevo sentido de las concepciones de la ecuación. Así, el socialismo no era el resultado de la cultura burguesa, sino una alternativa a la imposibilidad de esta. De ahí se desprendía el segundo problema: según Díaz el Lenin anticolonial es también el más antiburocrático. Para él, Lenin “Estaba proponiendo, simplemente, una revolución cultural, entendiendo ésta en

su acepción más amplia (y más correcta) de subversión del modo de vida, la psicología, los hábitos, las tradiciones” (Díaz, 1970, p. 48).

El Lenin que lee Díaz avanza cuestionando el eurocentrismo, centra sus baterías en la capacidad de creación cultural de las masas; pero atiende a que la revolución cultural es una necesidad civilizatoria. De ahí se desprende la lucha contra la burocracia, pues de lo que se trata no es de albergar construir la civilización burguesa, sino de alterarla, construir otra forma civilizatoria. El duro peso de la tendencia burocrática se refuerza sino hay un despliegue de capacidades culturales, por ello en el momento de formulación de la NEP, escribe Díaz:

La NEP aseguraba el desarrollo de las fuerzas productivas hasta un nivel dado, y ello representaba un logro de la civilización y de algunas de sus premisas culturales; pero, no sólo no aseguraba el triunfo del socialismo, sino que incluso estas premisas culturales no conducían automáticamente ni necesariamente a él. Par lograr esta condición mínima –ya era descabellado aspirar directamente al socialismo– era precisa una labor específica ideológica. (Díaz, 1970, p. 49)

El Lenin que presenta Díaz es entonces anticolonial frente a la II Internacional; es anti eurocéntrico en el sentido de que no coloca la posibilidad de que el socialismo sea producto de algo más que la civilización burguesa dominante y es antiburocrático en tanto que coloca el problema en la capacidad de la sociedad y no en la construcción de un aparato que lo controle todo. Se trata, sin duda, del Lenin más adecuado para la experiencia cubana.

El último Lenin: pensar el Estado y su construcción

Lo primero que habría que establecer es una periodización para hablar de “el último Lenin”. Nos referiremos aquí a lo que el ruso escribió o publicó entre octubre de 1920 y marzo de 1921. No daremos un tratamiento cronológico de los textos, sino más bien temático. Abordando distintos registros que contribuyen a pensar a Lenin y desde los registros usualmente fuera del “canon” (textos sobre el partido, por ejemplo). Se trata de ubicar una temática que ha resultado recurrente para la región latinoamericana contemporánea: cómo construir una alternativa social que permita una estatalidad democrática, amplia, pero también contradictoria. El Estado, eje central de la problemática de la crisis neoliberal, convoca a múltiples reflexiones, que Lenin adelantó al momento de encontrarse en la obligación y en la necesidad de plantear un nuevo poder social.

La intencionalidad nuestra es la de enfocar los distintos tipos de relación entre el naciente Estado revolucionario, que ha librado y superado una cruenta guerra civil con el mercado mundial. Destaca, como inicio, que señale que “El establecimiento de relaciones comerciales del país socialista con los países capitalistas es el factor más importante que asegura nuestra subsistencia en una situación tan compleja y absolutamente excepcional” (Lenin, 1978a, p.118). El reconocimiento de esta imperiosa necesidad le lleva a argumentar, en distintos momentos, sobre las concesiones al capital extranjero que Rusia debe realizar. Es el caso de los bosques de Arjánguelsk, sin embargo, más allá de casos puntuales, el objetivo de Lenin era otro:

El interés por las concesiones es tan evidente que, aun cuando no lográramos otorgar una sola concesión, aun cuando ningún de nuestros acuerdos se realizara (y esto es muy posible); aun cuando así ocurriera saldríamos sin embargo ganando y deberíamos practicar esta política porque con ella dificultamos la cruzada de los países imperialistas contra nosotros (Lenin, 1978b, p.199).

Las concesiones al capital externo tienen, entonces, un primer fin: el propiamente político. Lenin sabe que no se puede mantener una actitud beligerante de forma permanente, ni tampoco impulsar campañas de exportaciones de revoluciones. La revolución es un producto que se media por la tradición nacional y no algo que llegue por la vía del cañón y el fusil externos. Para Lenin, siempre es por medio de la acción consciente de los pueblos que ésta arriba.

Así, centra su argumento en la importancia de la construcción del Estado. Pero para ello es preciso, en primer término, detener las agresiones que vienen de las potencias y demás países capitalistas. No es, sin embargo, el único tema convocado, escribe: “nuestro interés primordial es recibir lo más rápidamente posible de los países capitalistas los medios de producción (locomotoras, máquinas, aparatos eléctricos), sin los cuales no podremos reconstruir nuestra industria más o menos seriamente...” (Lenin, 1978b, p.202). Aterrizando, insiste “Para impulsar la industria química, debemos estar dispuestos a pagar mucho más a los químicos alemanes. Este es el mejor modo de aprender: entregar una concesión de las fábricas a los alemanes” (Lenin, 1978b, p.213). Como se puede notar aquí, la cuestión del comercio tiene un fin civilizatorio o industrial: la necesidad de reconstruir el conjunto de las fuerzas productivas técnicas, obtener conocimiento de su funcionamiento y poder ofrecer una continuidad de estas formas de operación de la producción. La propuesta de la concesión al capital resultó problemática, pues se dieron voces opositoras. Lenin insistió “Pero nosotros no podemos conformarnos con una victoria diplomática. Necesitamos algo más que eso, necesitamos verdaderas relaciones económicas” (Lenin, 1978e, p.25).

Los comentarios de Lenin en torno al problema de las concesiones destraban la idea de que el trayecto de la construcción socialista implica el aislamiento. Construcción soberana no es idéntico a autarquía, aislacionismo o ruptura con toda otra potencia económica. Hay necesidad de comerciar, vincularse y ampliar las relaciones con las naciones. Ello coloca en un plano estratégico el vínculo con el mercado mundial y la posibilidad de partir de un conjunto de fuerzas productivas técnicas mínimas o inexistentes, hacia la recuperación de ellas y su posterior potenciamiento. Lenin no apuesta a un comunismo de la escasez o del aislamiento, sino a una construcción que reconozca la necesidad del vínculo, tenso, pero crucial, con el mercado mundial. Así, teoría política y crítica de la economía anudadas en un planteamiento estratégico.

Sin embargo, no fue el único nivel en el que el dirigente ruso refirió al problema del capital y la manera en que el Estado se vinculaba con él. Como es bien sabido, es en esta época que se comienza a formular la NEP. Lo primero que habría de entender de esta acción tan importante es qué fue lo que motivó su formulación. Lenin no se tiente y escribe, sin cortapisas: “La mayoría de los campesinos sufre demasiado dolorosamente, el frío, el hambre y los excesivos impuestos” (Lenin, 1978, p.32). Más adelante insiste: “Reconocemos que estamos en deuda con el campesino. Hemos recibido cereales de él, a cambio de papel moneda; lo hemos tomado en préstamo, debemos devolver este préstamo y lo devolveremos mediante el restablecimiento de nuestra industria” (Lenin, 1978b, p.237).

Con esta situación económica en la que se reconoce la ruptura entre la alianza obrera y campesina se muestra que al final, no hay perspectiva trascendental, ni teleología alguna: los intereses de una clase no son expresión universal de todas las clases explotadas, sino construcciones políticas. Cada clase tiene su especificidad, demanda situaciones distintas que debían ser atendidas y la coyuntura se traduce en una adecuada concesión entre las exigencias y necesidades. La labor política es la de realizar la confluencia de perspectivas diversas de las clases. Aquí, Lenin, de nuevo, no se obnubiló, para lograr esto es preciso dejar crecer y fomentar las relaciones mercantiles en el campo. Primero, colocó la perspectiva de la siguiente manera: “Sería absurdo pensar que los campesinos cambiarán su actitud hacia los vitales problemas económicas como resultado de nuestra propaganda” (Lenin, 1978a, p.122). Después lo colocó como una situación no tan efímera: “Mientras tanto, durante muchos años tendremos que tratar a estos pequeños productos como a tales, y la consigna de la libertad de comercio será inevitable” (Lenin, 1978e, p.31). Quedó claro el centro de la política que Lenin quiere impulsar: “Dar mayor libertad al agricultor para llevar al mercado local sus excedentes, siempre que pague sus impuestos rápida y completamente” (Lenin, 1978d, p.416). La pretensión de Lenin en este periodo es la más radical hasta entonces explorada en la política moderna: controlar al mercado por medio del Estado.

La elaboración de Lenin no sólo dejó a la teoría marxista despojada de sus reductos de filosofía de la historia (el proletariado como el representante universal y sus intereses los de todos los explotados), sino que regresó, de nuevo, la capacidad teórica de dicha teoría frente a la coyuntura: es decir, la necesidad de modificar el conjunto de relaciones de fuerzas mediante la acción y la decisión política. El trazado político que hace Lenin es importante: recurrir al mercado mundial para obtener las fuerzas productivas técnicas que Rusia no posee; después reconstruir la alianza con los campesinos como forma de solventar el otro polo de la creación soberana de la industrialización. Ello es así, porque no sólo hacen falta máquinas y herramientas para construir otra sociedad. Para Lenin, la principal fuerza productiva son los obreros y los campesinos, quienes se encuentran en “estado de empobrecimiento, ruina, cansancio...” (Lenin, 1978e, p.76), es decir, los sujetos sobre los cuales se puede construir un proyecto político estatal soberano, cuya base sea la industrialización.

Lenin asumió que las concesiones al capital extranjero y en general el comercio “en todas las formas posibles, intensa y rápidamente” (Lenin, 1978h, p.187) permitirán “mejorar la situación de los obreros” (Lenin, 1978g, p.162) mediante el aumento, “a toda costa [de] la cantidad de productos. [Situación que] no podemos lograrlo sin ayuda del capital extranjero” (Lenin, 1978g, p.159). En el otro extremo, impulsó las relaciones mercantiles para que los campesinos pudieran aliviar sus penurias y pobreza mediante el intercambio. El proyecto que construyó debe ser entendida como la de la construcción de un Estado soberano que impulse la industria: a ello le llama capitalismo de Estado. No tiene límite al sugerir que “el capitalismo de Estado no es de temer en Rusia; sería un paso adelante” (Lenin, 1978f, p.149). Ello porque se trata de un desarrollo capitalista “orientado por el canal del capitalismo de Estado. Esto es económicamente posible, pues el capitalismo de Estado existe donde quiere que haya elementos de comercio libre y capitalismo en general” (Lenin, 1978f, p.218). Lo cual le lleva a preguntar “¿es posible combinar el Estado soviético y la dictadura del proletariado con el capitalismo de Estado? ¿Son compatibles? Por supuesto que sí” (Lenin, 1978f, p.218). La ecuación de Lenin fue clara en este punto: por un lado, comercio con el Occidente para mejorar la situación obrera, por el otro, concesionar al comercio de los agricultores que permita reducir las penurias. El objetivo, construir una forma específica de desarrollo, en donde el Estado (aquí con el nombre de dictadura del proletariado) controlara y encausara, tanto las relaciones con el capital extranjero como con los pequeños comerciantes.

Sin embargo, existió un último registro que cierra esta triada: la transformación del Estado soviético. Aquí, nuevamente encontramos en este “último Lenin” una disposición conceptual y teórica distinta a la habitual, tanto aquella elaborada por los “leninistas”,

como por quienes intentaron realizar una lectura más profunda. En primer lugar, el reconocimiento de que el Estado soviético era una herencia del Estado zarista, es decir, que existían vínculos de continuidad; por el otro, la superación de toda rémora anarquizante a propósito de la idea de la disolución del Estado; tercero, la necesidad de su fortalecimiento, transformación y papel en la vida social.

Sobre el primer punto es fácil advertir en sus constantes quejas sobre la “deformación burocrática” que provenían del aparato estatal que, o bien era pre-existente o bien se organizaba espontáneamente y sin mucha claridad. En dado caso, quedó claro que ni siquiera el propio Lenin consideró que el nuevo Estado se construyó desde cero, sino que este partió, en gran medida, de los lastres del pasado, siendo el más lacerante de todos era el de la burocracia. Así, escribió: “Es indudable que existe una úlcera burocrática; ha sido diagnóstica y es necesario tratarla seriamente” (Lenin, 1978e, pp.34-35) La razón de esto la encuentro en una condición social deplorable: “Sabemos que en Rusia la rutina burocrática y el papeleo se debe principalmente al bajo nivel cultural y a las consecuencias de la extremada ruina y el empobrecimiento que produjo la guerra” (Lenin, 1978k, p.275). La burocracia es un gran problema para Lenin, quien inaugura la idea de que hay una “deformación burocrática” dentro del Estado, la gangrena no puede ser cortada de tajo.

¿Qué soluciones ensaya Lenin a este respecto? En primer lugar, como dirigente actuó como suele hacerlo todo marxista, es decir, colocó sus esperanzas en que la inclusión de las masas obreras transforme de tajo esta situación: “haremos cuanto se pueda para eliminar las prácticas burocráticas promoviendo a los obreros desde abajo y aceptaremos cualquier indicación práctica en este sentido” (Lenin, 1978e, p.51). Sin embargo, esta salida chocó con el propio diagnóstico: si una parte de la deformación burocrática se debía a la pobreza y la degradada situación social ¿cómo podrían los obreros revertir la deformación de la cual ellos mismos contribuyen? El propio Lenin tuvo que ir rectificando: no hay soluciones providenciales, sino necesidad de actuar políticamente para resolver, en lo específico cada asunto. En una carta a un responsable de cierto trabajo insistió: “controlar su trabajo, llegar al fondo de los asuntos, instruirlos, enseñarles y darles una paliza. Estudiar a los hombres, descubrir a los trabajadores hábiles. Esto es ahora lo esencial...” (Lenin, 1978a, p.130). Lenin comenzó a rectificar a partir de la necesidad de integrar a los especialistas al aparato estatal: “debemos tener gente apartidista que controle a los comunistas” (Lenin, 1978k, p.273) expresó. Lenin insistió, incluso con un lenguaje poco común para él, que no bastaba la confirmación de una creencia política, sino la efectividad: “Aunque no estamos habituados, las reuniones del partido deben ocuparse de esta cuestión [del comercio] que implica espíritu emprendedor e iniciativa” (Lenin, 1978l, p.320).

Lenin se quejó, en este periodo, de los comunistas que querían reinventarlo todo, partir de la nada para resolver los problemas del Estado: “Tenemos una cantidad terrible

de entusiastas que quieren reorganizar de todas las formas posibles, y estas reorganizaciones llevan a calamidades como nunca hemos conocidos en toda mi vida” (Lenin, 1978m, p.116). Frente a esa imagen del comunista entusiasta, insistió en la necesidad del especialista: “Algo que no podremos lograr pronto, pero que debemos lograr a toda costa, es que los especialistas gocen de mejores condiciones de vida en el socialismo que en el capitalismo” (Lenin, 1978m, p.116). Así, asumió que: “Nuestro peor enemigo interno es el burócrata, el comunista instalado en un puesto soviético responsable” (Lenin, 1978n, p. 189). Todo ello es importante porque colocó la relación entre el Estado, la burocracia, las clases y los especialistas: “La idea de construir la sociedad comunista exclusivamente con las manos de los comunistas es pueril [...] Nosotros, los comunistas, no somos sino una gota de agua en el océano, en el océano del pueblo (Lenin, 1978o, p.259).

Finalmente, las reflexiones de Lenin tomaron un cariz distinto. Se vincularon a uno de los problemas que convocaron al mayor número de plumas a lo largo de la historia del comunismo. Por un lado, mediante la proposición del control político sobre el mercado. Este debate, que atravesará los procesos de transición y que es conocido como la vigencia o no de la ley del valor en el socialismo, reapareció con motivo de la revolución en China y de manera mucho más potente en la revolución cubana. El tema, como se sabe, es qué tanto espacio para el mercado puede dejarse subsistir en el periodo de tránsito. Para Lenin era claro que el objetivo del nuevo Estado era el control de la economía mercantil:

El capitalismo de Estado es el capitalismo que debemos limitar dentro de cierto marco; pero aún no hemos aprendido a limitarlo dentro de ese marco. [...] Y de nosotros depende cómo será ese capitalismo de Estado. Tenemos suficiente poder político, del todo suficiente. (Lenin, 1978o, p.247)

Esta aseveración apareció constantemente en el último tramo de su obra. Sin embargo, remitía directamente al estatuto del Estado a su determinación.

Así, sancionó que este es “un problema nuevo, pero siempre viejo” (Lenin, 1978p, p.387), es decir, el de la cualificación o determinación del Estado. Para ello Lenin procedió por dos vías. La primera convocó directamente a la transformación del Estado y su gestión por la vía de la incorporación de los especialistas, tema que ya se señaló antes. Para él no es posible construir con el puro voluntarismo de los militantes. Empero, el segundo resultó más importante:

Estamos empeñados en la tarea de reducir el presupuesto del Estado, de reducir nuestro aparato estatal. De todas maneras, debemos reducirlo. Debemos economizar tanto cuanto sea posible. Estamos economizando en todos los aspectos, hasta en las escuelas. Debemos hacer, porque sabemos que, si salvamos la industria pesada, si no la restauramos no podremos construir industria alguna. (Lenin, 1978q, p.422)

Aquí aparece una contradicción, que ya no habrá tiempo en vida para resolver: la necesidad de construir un aparato eficiente, pero no enfermo por la burocracia; este aparato se aceptaba con la capacidad de los especialistas y de los comunistas, y no ya necesariamente con la pura participación obrera; pero, además, este aparato debía ser reducido. Todo ello no sería una contradicción si Lenin no pensara en términos de un capital monopolista de Estado, es decir, de la necesidad de que ese aparato determinado por los distintos formatos ya mencionados sea, además, el que regulara al mercado.

El recorrido hecho hasta aquí pretende contribuir a ubicar la construcción de la estatalidad de un modo complejo, es decir, atravesado por múltiples determinaciones, locales, nacionales e internacionales, así como por elementos que sólo pueden ser valorados en el pulso de una coyuntura específica. Lenin no es sólo el de El Estado y la revolución, aquel que proclamaba la brújula y el deseo de la extensión del aparato, sino también el que apuntala su construcción con una finalidad urgente y necesaria: su modernización para el mejor control del mecanismo mercantil que gobierna, hasta nuestros días, la vida social.

Otra forma de la crítica: Lenin en la poesía latinoamericana

La presencia de V.I Lenin se extendió, a lo largo del siglo XX y de lo que va del presente, por los mundos político, académico, artístico e intelectual. Es cierto que aun hace falta una radiografía más precisa del *efecto Lenin* en las distintas tradiciones latinoamericanas, que, si bien tienen un foco indiscutible en el comunismo como trayecto histórico de búsqueda por la emancipación humana, exceden a esta corriente. Y ello por una razón, la onda expansiva revolucionaria, que fue asociada tempranamente con la figura del líder ruso, alcanzó y trastocó —en forma negativa o positiva— a todos los signos políticos por igual, fueran estos los opositores como el liberalismo o el anarquismo o bien los afines, como la socialdemocracia. Así, podría pensarse también en qué tipo *efecto* causó Lenin en las derechas, los liberalismos, los múltiples socialismos, los agrarismos, los populismos y, por supuesto, las variedades del comunismo, es decir, tanto los partidarios como los que se encontraban por fuera del partido, como el consejismo.

Pero si en el terreno político es evidente esa multiplicidad, en el teórico aquello resulta una tarea por redescubrir. Hace un par de años, en una trilogía de artículos planteo una constelación problemática, inicial, de la recepción de la obra del líder en el ámbito teórico latinoamericano. El *efecto Lenin* fue no sólo político, sino también del calado de lo que, siguiendo a Bruno Bosteels, se puede denominar, como un *acto teórico*. Su obra —la revolución socialista misma— sufrió un ejercicio de traductibilidad a partir de sus textos, recibiendo estos un encapsulamiento reificante, que sólo hacia la segunda mitad del siglo XX fue posible liberar y potenciar. Así, entre más lejano el momento de triunfo revolucionario en 1917, más profundo el *acto teórico* del que había dejado constancia en sus piezas de reflexión y en sus intervenciones de coyuntura. Así, en “Órbitas de Lenin: el marxismo y Lenin en América Latina”, “Lenin en La Habana: acontecimiento político y acto teórico” e “Intervención y coyuntura: una aproximación a los usos de Lenin en América Latina” dibujé, en un modo privilegiadamente aproximativo, un comentario de los más evidentes senderos de su recepción. Se trató de un acercamiento inicial, que merece una discusión más profunda y que otros autores han retomado y potenciado (Sandoval, 2022). Esta discusión difícilmente se puede dar en el *paper* académico pues concurre por veredas políticas, de la actualidad de la teoría y de su incidencia, así como de su desajuste contemporáneo. Porque Lenin, además de entregar un conjunto argumental y conceptual, miró la política desde otro punto de vista, el de la totalidad. Esta lección, aprendida en seminarios de lectura y discusión de su obra con Elvira Concheiro, fue lo que animó aquellos trabajos y la posibilidad de pensar el vínculo “Totalidad y política”. Algo de ello fue recuperado en el texto “El último Lenin y las batallas contemporáneas de América Latina”. Sin embargo, si el *efecto Lenin* es necesariamente el de la sobredeterminación de la totalidad del campo teórico, o en otras palabras, que es imposible discutir en términos marxistas la cuestión de la revolución sin referir a una concepción que alerte de su presencia —textual, política, ideológica—, por lo cual es pertinente plantear, también, otras esferas donde también ejercicio un influjo de productividad. En este caso, aventuramos una primera aproximación a la presencia de Lenin en la poesía latinoamericana.

Si la poesía es algo más que una actividad artística encerrada en sí misma, sino un motivo político, y por tanto una forma de comunicación y expresión, es preciso señalar la constante presencia de V.I Lenin entre los militantes poetas latinoamericanos. Se trata, claro, de una poesía distinta a la habitual o dominante. Siempre al margen de los análisis de los círculos académicos, intelectuales y de las pequeñas oligarquías que monopolizan la producción cultural a lo largo y ancho de nuestro continente. La tradición de la que hablamos nunca se encuentra contenida en la forma, más bien se presenta como dispuesta por y como acontecimiento político. Ello quiere decir que puede tomar una diversidad de motivos, pues es una *forma* de lectura y traducción la que la habilita a

plantear formas diversas de aproximarse a Lenin. El *efecto Lenin* en la poesía social latinoamericana fue producir muchos *Lenin's*, todos aproximativos a realidades específicas o bien como distanciamiento de otras identidades interpretativas.

La primera y más común de las ideas es que en este texto podríamos referir de manera extensa al poema más conocido producido en la región, que fue la del militante Roque Dalton. Si bien su *Un libro rojo para Lenin* es una obra maestra, lo dejaremos fuera del foco, precisamente porque buscamos ampliar la mirada y no limitarla a un texto que se ha vuelto, para bien o para mal, canónico de la forma-montaje. Sabemos bien que se trata de un texto clave dentro de la tradición de la militancia revolucionaria, no sólo por la composición a manera de montaje, sino por la propia fuerza de la palabra asociada al autor. Dalton y Lenin fueron, en su manera, dos personajes con una incontenible capacidad de escritura.

Nos concentraremos en poemas de otras estirpes. Así, en este texto hablaremos de figuras de gran renombre en el mundo comunista, como lo fue Pablo Neruda, pero también del escritor haitiano Rene Depestre. También, una serie de poetas cuyo nombre se asocia al momento de mayor hegemonía de la perspectiva revolucionaria cubana.

Lenin y la poesía latinoamericana: naturaleza y tiempo

Queremos finalizar este ensayo con una dimensión poco explorada. Su obra ha sido utilizada a lo largo del siglo XX para reinventar las categorías de la teoría marxista, también es útil para enfrentar las dimensiones a las que convocan los gobiernos progresistas en medio de la crisis neoliberal. Sin embargo, la cultura política latinoamericana, no sólo ha referido a la teoría o a la historia, también se ha ocupado de la dimensión poética. Lenin ha sido, en tanto figura, de un tratamiento específico dentro en este rubro.

Lenin fue traducido en América Latina a partir de su consideración como el personaje que inauguró un nuevo tiempo. Esa temporalidad novedosa fue marcada, primero, por un énfasis de contraste con la naturaleza. La poesía social latinoamericana presentó una lectura esencialmente romántica de Lenin y con ello no nos referimos a que lo endiosara, sino todo lo contrario. Ese procedimiento romántico apuntó a despojarlo de cualquier frío racionalismo y a demoler, simbólicamente, las estatuas; movió su figura de la cita de las obras colocándolo en diálogo con el ferviente ardor de una tierra en donde la razón no se podía entender sin la pasión. Esta práctica poética lo romantizó y con ello naturalizó al continente.

Uno de los que demostró esto mejor que nadie fue el comunista chileno Pablo Neruda, quien escribió “Lenin sostuvo un pacto con la tierra/ Vio más lejos que nadie. / Los hombres, / los ríos, las colinas,/ las estepas,/ era un libro abierto/ y él leía/ leía más lejos que todo”¹. Para Neruda, el Lenin romántico no lo es sólo por su conexión con lo más profundo, expresado en la naturaleza, sino también en el sentido de lo popular. “Él miraba profundo/ en el pueblo, en el hombre/ miraba al hombre como a un pozo, / lo examinaba como/ si fuera un mineral desconocido...” (Neruda, 1999, p. 765). El romanticismo se convierte en la llave para comprender lo que significa el *acontecimiento Lenin* en América Latina. No era posible pensar la revolución, si con Lenin se avanza, eludiendo la conexión con lo natural y este elemento convocaba al pueblo. Toda la metafísica asociada al privilegio de la técnica quedó suspendida: la revolución no era un acto mecánico, automático y totalmente racionalizable. Para decirlo con claridad: la revolución no es un artificio técnico, sino un rescate de lo profundo del pueblo, que está en la naturaleza. Por eso dice que hay que “Cuidad de confundirlo con un frío ingeniero” y ni aun su desaparición puede enjaularlo en la cárcel del cientificismo: “la muerte no ha helado aún su corazón de fuego”.

El Lenin de Neruda es otro Lenin, que respondía no a los grandes proyectos y planes económico, no a la racionalidad de la planeación de la revolución, sino al clamor ardiente de la naturaleza, que era en donde se encontraba el pueblo mismo. Por eso escribió que le gustaba ver a “Lenin atento al bosque y a la vida/ escuchando los pasos del viento y de la historia/en la solemnidad de la naturaleza” (Neruda, 1999, p. 765). La oda nerudiana, sin embargo, no deja de referir al Lenin artífice de otra forma del progreso, en donde lo técnico, lo reproductible, lo productivo, queda desplazado por lo que es significativo para los pueblos:

Gracias Lenin,
Por la energía y la enseñanza,
gracias por la firmeza
gracias por Leningrado y las estepas,
gracias por la batalla y por la paz,
gracias por el trigo infinito
gracias por las escuelas
gracias por tus pequeños
titánicos soldados,
gracias por este aire que respiro en tu tierra
que no se parece a otro aire:
es espacio fragante,
es electricidad de energéticas montañas
(Neruda, 1999, 768).

1 Pablo Neruda, *Obras*, Losada, 1999 p. 764.

Esta perspectiva naturalista, tan presente y clara en el comunismo romántico y crítico cultivado por Neruda, fue replicada por la revolución cubana en la pluma del intelectual isleño Miguel Barnet. Para el cubano, Lenin era un enamorado de la naturaleza que reaparece, en este continente revolucionario por excelencia, vinculada siempre a ella: “Todavía eres el enamorado que se oculta en el abedul, / el que llora a solas. Y el maestro descalzo. Y el guerrillero/sin nombre y apellido” (Barnet, 1970, pp. 61-62). Barnet y Neruda, aunque separamos por el tiempo y el espacio, compartieron militancia comunista y, por tanto, su Lenin es al mismo tiempo un personaje fundido con la naturaleza como con el pueblo al que los comunistas aspiran a representar.

No fueron los únicos, existen otros casos significativos, aunque con una menor intensidad en los planteamientos. El también cubano Ángel Augier refirió no al momento de fundición entre el Lenin romántico y el pueblo latinoamericano, sino la su forma en la que se esparce su perspectiva, que no es la de la palabra, ni la de la iglesia, es, más bien, la de la naturaleza: “Estás aquí, tranquilo, pero tu pensamiento/ no cesa de fluir con cada nueva aurora. /Se desplaza en el ímpetu del viento/y vibra su perpetua llamarada sonora” (Augier, 1970, p. 233).

Finalmente, no se puede dejar de mencionar la perspectiva de Nicolás Guillén, que, como los autores antes citados (Barnet y Neruda) se percató de que la vía romántica era por la cual se debía traducir a Lenin. Esto no como un texto canónico, sino como el artífice de un acontecimiento radical, cuya mejor imagen natural es la de la tempestad misma:

Te hablo de Lenin, tempestad y abrigo,

Lenin siembra contigo,
 ¡oh campesino de arrugado ceño!
 Lenin canta contigo,
 ¡oh cuello puro sin dogal ni dueño!
 ¡Oh pueblo que venciste a tu enemigo, Lenin está contigo,
 Como un dios familiar simple y risueño,
 Día a día en la fábrica y el trigo,
 uno y diverso universal amigo,
 de hierro y lirio, de volcán y sueño!
 (Guillén, 2010, p. 231).

Caribeño, comunista, hombre cultivador de una poesía plebeya, arraigada en la negritud, Guillén demarcó con precisión al Lenin que gustaba a los comunistas latinoamericanos. No el racionalista, no el de las citas aprendidas, sino aquel que vinculaba los elementos de la técnica y el trabajo con la naturaleza; diríamos hoy, que no escinde el metabolismo

social. Es decir, uno con espíritu romántico. Guillén expresa bien esa tentativa de construcción del socialismo en la región, el que se enraiza en tradiciones propias, aunque abierto al diálogo con el mundo. Lo mismo que Pablo de Rokha “Sonreía como las espigas/ e iba girando, espantosamente, de espaldas sobre sí mismo, / desde el eje del suceder dialéctico” (Rokha, 1970, p. 103).

El tiempo de Lenin. Lenin y el tiempo

La dinámica temporal es una de las más presentes en la perspectiva marxista. Ya sea por la vía del “historicismo” que, por ejemplo, se asoció al pensamiento de Antonio Gramsci; o ya por la del pensar la ruptura del tiempo histórico en las concepciones de Walter Benjamin o Louis Althusser. El tiempo, la temporalidad, su continuidad y su ruptura, se encuentran en el corazón mismo de las diversas hipótesis formuladas por las tradiciones marxistas.

Es por ello que no deja de ser sugerente mirar que la poesía alrededor de Lenin fijó el problema de la temporalidad como uno de sus principales núcleos. Y es que, la revolución, no es sino otra forma de pensar la aceleración o desaceleración del tiempo histórico. La revolución puede ser concebida como ruptura, pero también como acortamiento del tiempo. Es por ello que, el nombre de Lenin está asociado a la temporalidad: su práctica política aceleró el tiempo revolucionario, dislocando la temporalidad de la guerra del capital; su nombre se vincula al aprendizaje acelerado del quehacer político.

Lenin y el tiempo, su tiempo y el de los poetas sociales latinoamericanos se encuentra conectado por esa capacidad de interpelación que sigue generando, décadas después, el nombre del revolucionario ruso. Un momento especial se da a partir del cumplimiento del centenario del nacimiento del líder ruso en el año 1970, cuando en diversas revistas cubanas aparecen homenajes poéticos. En publicaciones como *Casa de las Américas* o *Unión*, los poetas son convocados expresamente para hablar de la relación de Lenin con el tiempo, es decir, del nombre asociado al evento revolucionario y de la revolución.

Un caso paradigmático es el de poeta Sidroc Ramos, que, firmando su poema desde el “Tercer Mundo”, expresa bien este vínculo entre Lenin y el tiempo:

Así que yo también saludo a Lenin, pero no desde las
 (sienes satisfechas,
 no desde la siesta de un domingo (en la barriga llena
 el corazón contento), no
 desde el entusiasmo saliente como un pómulo.
 Yo lo saludo
 desde una prisa de agonías –madre en vela–,
 desde el tiempo en las horas como la sombra de un
 (planeta terrible,
 desde donde a cien años no ha nacido y ya
 lo mienten muerto
 desde como su nombre rebota en extrañeza de dos,
 (sílabas.
 [...])
 Otros cien años todo –Lenin mismo estará mucho
 Más vivo–, todo
 será mejor, será distinto.... Digo
 si no tengo paciencia,
 si no me resigno
 si no espero
 cien años
 (Ramos, 1970, pp. 55-56).

El también periodista y diplomático cubano expresa la radicalidad de la presencia de Lenin en la Cuba revolucionaria. Se trata no de la alegoría o satisfacción de la cristalización en frases, libros o bustos, como hemos mencionado antes. Sino más bien del momento de aceleración, de necesidad de transformar la totalidad, así, aquello de “una prisa de agonías” expresa bien el momento cubano de inicios de la década 1970, marcado por la idea de subvertir el despliegue de las fuerzas productivas por la vía de las relaciones sociales de producción en el plan de aumentar la producción de zafra de azúcar mediante el trabajo voluntario. El poema expresa ese Lenin que se paseó por el malecón cubano en el momento de mayor efervescencia revolucionaria y en el que no había ni paciencia, ni resignación.

La perspectiva temporal no solo deja ver en ese vínculo con la revolución cubana. La poeta Omega Agüero realizó de los poemas más portentosos trabajos a propósito del vínculo entre Lenin y la historia.

Lenin, con un destello de audacia
le arrancaste el arcoíris al tiempo
precipitando la historia, volcándola
Como un cometa cruzaste rápido y luminoso
Aterrorizando a los beatos
que imaginaron presenciar la llegada
Del anti cristo
y horrorizados clamaron por sus dioses sordos
Y tú brillabas y brillabas solo
sol único para aclarar las tinieblas del caos
Oh sol, tú estabas convencido de tu destino
Y el de tu tierra
Y los niños comieron y crecieron
Y el obrero tuvo su camisa, su pan y su sal
(al menos)
Y el campesino que solicitó verte fue atendido
(los cereales devueltos)
Y la anciana finlandesa y otras ancianas y otras gentes dijeron:
“Ahora no hay que temerle al hombre del fusil”
Cometa, sol de octubre
partiste el hielo en dos mitades
(Agüero, 1970, pp. 59-60).

Este poema es sugerente porque espacio-tiempo no se encuentran escindidos. Se trata de un ejercicio de síntesis inicial de esos dos momentos, donde el tiempo cruza por el espacio, fijada a partir de la idea del “sol de octubre” y del “hielo en dos mitades”; pero sin duda la dinámica temporal sigue siendo predominante a partir de la idea de que Lenin es el nombre del acontecimiento que precipita la historia y arranca el “arcoíris al tiempo”. Sin duda, Agüero muestra sus dotes poéticas, dando un primer camino hacia la síntesis del espacio-tiempo y la manera en que Lenin es el nombre del acontecimiento que revoluciona ambos nodos.

Por su parte, el ya citado Barnet, militante comunista y fundador de la Unión Nacional de Escritores de Cuba realizó un ejercicio de síntesis de las dos perspectivas de manera mucho más clara, al tiempo que dejó constancia del vínculo entre Lenin y la Cuba revolucionaria.

Hubo que asaltar cuarteles y empinar colinas
y sudar y morir y matar y morir
para que tu lección llegara a las escuelas
y tus ideas giraran sobre nuestras jóvenes cabezas.
Hubo que hacer eso y más. Y mucho más.

Así que ahora es distinto.
 La isla entera te conoce de memoria.
 Esa fotografía del brazo al aire,
 Como un arco de fuego. Esa cabeza iluminada.
 La mano sobre el mentón y el libro. ¡Cómo se parece
 a un retrato de Martí!
 Cien años Lenin, casi nada; tan poco que todavía
 eres un niño que va silbando en una bicicleta.
 Un labrador que siembra en las mañanas frías.
 Un obrero que entra en los hornos de cuerpo entero
 para salir tizado, con un brillo de carbón terrible
 (Barnet, 1970, pp. 61-62).

Barnet, sin duda uno de los poetas y escritores más importantes de la época revolucionaria, logró sintetizar los grandes problemas del *acontecimiento* Lenin. Por un lado, la presencia de la enseñanza política, que más que la formación de un manual hace parte de la memoria misma de la revolución. De nuevo, un guiño hacia la ruptura de cualquier tipo de cristalización en monumentos u otras osificaciones similares. Luego la dimensión natural, fijada a partir de actos portentosos como el de “empinar colinas”. Sin embargo, en el vínculo natural ya señalado más arriba no viene solo. En un momento del poema se excede el gesto romántico, pues aparece la perspectiva humanista del cambio de paisaje a partir del trabajo. De ahí las figuras de la “siembra en las mañanas frías”, que haría el campesino; o “los hornos de cuerpo” del minero.

El nombre y la voz de Lenin

El solo nombre de Lenin ha sido referido aquí primero como un *efecto*. Queremos decir con esto que más que un impacto pasivo, existió un ánimo de transformación del significante. Aquello indicaba que la revolución no era imitación, pero tampoco un hecho aislado del conjunto del mundo. También nos referimos al *acontecimiento* Lenin, explicitando con ello que se trata de un acto de ruptura, que inaugura una nueva forma de comprensión teórica y política. Ambas dimensiones se expresan tanto en la manera en que las y los poetas latinoamericanos escribieron en torno a Lenin, como los temas referidos: la naturaleza, el pueblo, el tiempo.

Pero Lenin mismo fue motivo de reflexión. ¿Quién era? ¿Por qué resulta tan importante? Es sintomático que no se tenga en suelo latinoamericano la producción de sendas biografías, pero al tiempo se reconozca al Lenin más potente para la acción política. Veremos algunos de los elementos que nos permiten sostener esta afirmación.

En un poema de la cubana Georgina Herrera se habla de la palabra de Lenin que tiene algo que decir:

De su palabra, Vladimir, quien tiene
algo que decir; su solo nombre
es toda la palabra necesaria. Pero
ya sea signo o sonido lo entendemos
[...]
Perdone Vladimir, que yo interrumpa
su eterno ir y venir por los senderos
de este desapacible mundo nuestro,
y le pregunte
y vuelva a preguntar:
¿Cómo usted puede
alcanzar el prodigio
de estar naciendo diariamente un poco?
(Herrera, 1970, pp-57-58).

La poeta isleña expresó bien el sentido de la presencia de Lenin en tanto *efecto* y acontecimiento: él es la palabra misma. Manuel Díaz Martínez, otro poeta cubano, convocado en el centenario del nacimiento del líder ruso, expresa de manera más profunda la distancia con respecto a otras formas de pensarle y asociarle. El de Díaz Martínez quizá es uno de los más profundos en su mirada crítica de cómo se ha pensado a Lenin en espacios como la Unión Soviética. El vínculo con el socialismo soviético no fue tan profundo para apagar en la poesía esa radicalidad del *efecto* Lenin ni del acontecimiento que significó.

Dice en su poema:

Propongo
que sea abucheado quien hable de Lenin como de un
(dios
y quien hable de Lenin como un diablo:
solamente conocemos
la fuerza de su voluntad
y la certeza de su profecía.
Vamos a celebrar el centenario del camarada Lenin
en las calles,
junto
a los muros en que estallan las consignas de los
nuevos tiempos,

en cualquier sitio donde la gente sueña
con la revolución

(Díaz, 1970, pp. 63-64).

Dos poetas cubanos más hacen algo similar.

Por un lado, Félix Pita Rodríguez:

Lenin.

Nada tiene la tierra más suyo que este nombre,
el delicado nombre de altiplanos del sueño
amparando al relámpago de un hombre.

Nada tiene la tierra que más le pertenezca
que su entraña pura revele y nos devuelva
(Pita Rodríguez, 1970, pp.65-66).

Por otro, Adolfo Martí:

Si mi patria agredida no detiene
su marcha presurosa y se sostiene
Lenin responde.

Si Vietnam rescató la heroica estrella
de su pueblo y alzó el Amor con ella,
Lenin responde.

Si Angola matinal, recién nacida,
puso pecho de hierro a la embestida,
Lenin responde.

(Martí, 1970, pp. 165-166).

Pero entre todos estos el que marcó un hito fue el poeta haitiano René Depestre. Aunque posteriormente se alejó de la revolución cubana, en la década de 1970 era uno de sus principales intelectuales. Su poema titulado “De leyenda de la segunda vida de Vladimiro Ilich Lenin” comienza hacia un recorrido imaginario de un “nuevo Lenin-grado”, donde hay estatuas por todas partes y él preguntándose “¿Cuál entre todas eses Lenines tiene calor...” (Depestre, 1970, p. 148).

Depestre se relata como un muchacho perdido que busca su identidad entre tantas estatuas. A la espera de contar sobre la “segunda vida”, en la que Lenin aparece “Y me digas: “Camarada Depestre, / escucho tu poesía”, ¡y que el canto en mi contemple con amor tus cien años de belleza”. El poema sigue describiendo como Lenin levanta del mausoleo buscando los soviets y la electrificación, en alusión a una vieja imagen-consigna levantada por el líder revolucionario. Pasa en su segunda vida incógnito por los paisajes rusos de la llanura, la taiga y la montaña. En su paso “Ahora descubres que tu nombre está/Escrito en cada puerta, en cada fuego” porque “Eres la buena noticia siempre fresca /Que lleva el sol en las conversaciones de la noche/ Eres e cuento que mantiene a este siglo despierto” (Depestre, 1970, p.150). Cuenta ahí como el nombre de

Lenin fue el que permitió que todo cambiara:

Por el poder de las palabras de Lenin
Un gran viento de octubre
Se levantó en los brazos
De los obreros y de los mujiks,
De los marinos y de los soldados,
¡Y se llevó para siempre al zar,
A los popes, a los generales, a los nobles
A los banqueros y su vano reino de arena!

Así, Depestre muestra el vínculo entre el paisaje y la revolución, a partir del nombre de Lenin que, cual *acontecimiento*, funda un tiempo nuevo. Sigue su poema hablando del “gran taller soviético” y como ha llegado la segunda vida de Lenin:

No sabes qué decir al ver tu estación.
Remodelar las estaciones de la humanidad.
Al ver que tu muerte tiene aún más éxito.
Y más vigor que tu vida primera.
Tu muerte tiene en sus manos el cielo
De Berlín y los sueños de veinte millones
De muertos que vencieron la muerte nazi.
Tu muerte ha atravesado todos los mares
Mientras que tu vida no había estado
más lejos que las luces de París.
Tu muerte inunda todas las orillas.
Tu muerte gobierna todos los rocíos.
Tu muerte no conoce ni judío ni negro.
Tu muerte es panadera y lechera
Para todas las razas, y tu muerte
Abate los muros de todos los ghettos.
(Depestre, 1970, p. 152).

En Depestre, como quizá en ningún otro de los poetas aquí mencionados el vínculo entre técnica, naturaleza y revolución operan como totalidad. Lenin, el personaje, se vuelve el “padre” de esta posibilidad de unidad

Eres un padre para las mujeres
Que han arrojado al fuego los velos
Que cegaban su belleza
Eres un padre para las bombillas
Que alumbran las aldehyelas perdidas.

Eres un padre para el agua y la flor
 Que hacen su entrada en el desierto.
 Y para el alfabeto y la razón
 Que llegan a los ojos oprimidos
 Eres un padre para la avena y el trigo,
 Para el acero y el cemento, para el átomo.
 (Depestre, 1970, p. 153).

Como otros autores, el poeta haitiano señala la constante presencia de cristalizaciones de su memoria por medio de las estatuas, las cuales, en su poema-relato, se atacan unas a otras con piedras. Dice que Lenin se ha “detenido petrificado/ En el bosque de tus propias estatuas” (Depestre, 1970, p. 153). Esto da paso al fragmento naturalista, en donde el mundo mismo aparece evocado bajo el título de “el tercer hijo del mundo”. Ahí, Depestre hace un recorrido por culturas y civilizaciones en donde Lenin aparece plenamente naturalizado, es decir, como totalidad:

Y tú viniste a nuestras raíces sedientas
 Y ninguna lluvia es más bella que tu llegada.
 Ninguna mariposa tienen tan fresco y jubiloso colorido
 Sobre su dorso como tu presencia.
 ¡Y es hermoso oírte hablar,
 Sin acento, chino, bantú, quechua,
 Guaraní, wolof, kikongo, bambara,
 Bengalí y créole y mil otros
 Idiomas del tercer hijo del mundo!
 (Depestre, 1970, p. 155).

A partir de ese momento hay una apropiación de Lenin en clave anticolonial. Depestre le hace un “canto a la séptima internacional”, donde señala los espacios políticos del mundo colonial y las formas de aparición que ahí tiene Lenin. Por ejemplo “En China, eres un fantástico anticuerpo”, en Estados Unidos –a quien llama extremo occidente de los pecados capitales– Lenin es “pantera de cien mil zarpas/Que vela no solamente la piel negra”; en Haití “Eres la abierta paciencia de la espada”. En tanto que en Cuba “ha creado una isla-escuela donde tu belleza/ Enseña el leninismo del siglo XXI/ Que con Fidel abre sus nuevas prácticas/ Al viento del mar y a la filosofía” (Depestre, 1970, pp. 156-157).

A la revolución, por la poesía y...por Lenin

La sensibilidad política latinoamericana se extiende más allá del conjunto de ordenamientos racionales auspiciados bajo los nombres de teoría política o filosofía. La dimensión práctica ha tenido, sin duda, mayor peso: en América Latina, para bien o para mal, se han hecho las revoluciones. Desde los emprendimientos independentistas, marcados por un nacionalismo no reaccionario, hasta los experimentos tempranos de descolonización, las sociedades y pueblos han combatido las formas más radicales del capital. Nos referimos, sobre todo, a ese “extremo de occidente”; por supuesto que en África o en Asia se han vivido procesos similares.

Pero entre las diversas características que han tenido las revoluciones destaca la capacidad de dialogar con la herencia legada a partir de 1917. Las corrientes más radicales de lo nacional-popular, los socialismos y, por supuesto, la corriente comunista, han asumido con plenitud el impacto del acontecimiento Octubre, que, ha sido transmitido como el acontecimiento vinculado al nombre de Lenin.

Que Lenin no sea en la región un lugar de osificación de la memoria se muestra en el rodeo por la vía de la poesía para llegar a consolidar una corriente que, a pesar de sus diferencias, tiene dos características esenciales: pensar el tiempo histórico y restaurar la totalidad entre naturaleza, y sociedad. Romanticismo crítico, si se quiere, pues no sueña con una vuelta al pasado, sino que confirma la presencia de la forma-natural en oposición a la forma-valor, para utilizar las expresiones de Marx. Y a Lenin, como un vínculo que promueve esa forma-natural, sin olvidar la artificialidad proactiva de la revolución.

La poesía latinoamericana que versa sobre Lenin es romántica, pero en clave comunista. Es decir, reestablece la totalidad, pero no sobre la base del pasado, sino del futuro. Extraño romanticismo el que generó Lenin, pues motivó una vuelta de tuerca, una composición de temporalidades que van más allá de la del capital o de la línea recta que separa pasado y futuro. Lenin naturalizado en la poesía latinoamericana conecta pasado y futuro; tensiona lo hecho y lo que hay que hacer, reestablece naturaleza con técnica en favor de la primera.

Cual huracán, el *efecto Lenin* en la poesía social latinoamericana, permite surcar otro sendero, más allá del racionalismo. Cerramos con algunos no-poemas, pero versos contruidos con otra finalidad, los llamados corridos, productos musicales propio de la revolución mexicana. Graciela “Gachita” Amador, mujer comunista que compuso el lema del periódico *El Machete* –del Partido Comunista Mexicano– compuso varios

de ellos: en alguno habla de la “Antorcha Roja” y del “grito rebelde/del gran Nicolás Lenin” (Amador, s/a, p. 133) así como la “llama roja/de la tierra en el confín, /surgió potente y segura/ la palabra de Lenin” (Amador, s/a, p. 134). Entre los comunistas mexicanos, no podía faltar, también el Corrido de Lenin, en donde un estribillo dice “Vuela, vuela, palomita, /mensajera de la suerte;/ dile a Lenin que despierte/ que nos enseñe a luchar”.

Referencias

- Althusser, L. (1967). *Para Leer El Capital*. Siglo XXI.
- Althusser, L. (1969). *Lenin y la filosofía*. Era.
- Alvarez, R. (2011). *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del partido comunista de Chile entre democracia y dictadura 1965-1990*. LOM.
- Amador, G. (1987). “Corrido del 7 de noviembre”. *El Gran Octubre y los mexicanos* (p. 132). S./E, S/A.
- Agüero, O. (1970). “Sol de octubre”, *Unión*, No. 2, 1970.
- Augier, A. (1980). “Lenin”, *Poesía, 1928-1978*. Bolsilibros Unión
- Barnet, M. (1970). “Lenin”, *Unión*, No. 2, 1970.
- Betancourt Díaz, J. (1970). Lenin y Hegel. *Cuadernos de Marcha*, (33).
- Boron, A. (2004). *¿Qué Hacer?* Luxemburgo.
- Bosteels, B. (2016). *Marx y Freud en América Latina*. Akal.
- Bujarin, N. (1978). *Lenin marxista*. Anagrama.
- Cerda, C. (1972). *El leninismo y la victoria popular*. Quimantú.
- Claudin-Urondo, C. (1979). *Lenin y la revolución cultural*. Anagrama.
- Debray, R. (1976). *Ensayos sobre América Latina*. Era.
- Depestre, R. (1970). De leyenda de la segunda vida de Vladimiro Ilich Lenin. *Casa de las Américas*, (59).
- Díaz Martínez, M. (1970). “Para homenajear a vi Uliánov”, *Unión*, 2.
- Díaz, J. (1970). “El marxismo de Lenin”, *Pensamiento Crítico*, 38.
- Dussel, E. (1990). *El último Marx y la liberación latinoamericana*. Siglo XXI.
- Dutschke, R. (1976). *Tentativas de poner a Lenin sobre los pies*. Icaria.
- Fernández Buey, F. (1976). *Conocer Lenin y su obra*. Dopesa.
- Fernández Retamar, R. (1970). “Notas sobre Martí, Lenin y la revolución anticolonial”. *Casa de las Américas*, 59.
- Foyaca, M. (1971). *El pensamiento de Lenin, Tomo 1*. Guadarrama.
- Fung, T. (1968). “Sobre la teoría de la revolución en Lenin”, en *Lecturas de Filosofía*, Tomo I.
- Fung, T. (1988). *Marx y la contemporaneidad*. Editora de Ciencias Sociales.
- García Linera, Á. (s.f.) *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia (a propósito de obreros, aymaras y Lenin)*.

- Gruppi, L. (1890). *El pensamiento de Lenin*. México.
- Guillén, N. (2010). *Asalto al cielo. Antología poética*. Fundación Editorial El Perro y La Rana.
- Harnecker, M. (1985a). *Estrategia y táctica. Análisis sobre estos conceptos en las Obras Completas de Lenin*. Antarca.
- Harnecker, M. (1985b). *Lenin y la revolución en América Latina*. Siglo XXI.
- Georgina Herrera, R. (s.f.). “Como si conversáramos, pregunto”. *Unión*, 2
- James, C.L.R. (1980). *Notes on Dialectics: Hegel, Marx, Lenin*. Hill.
- Katz, C. (2024). “*Lenin en América Latina hoy*”. La Tizza.
- Krauz, T. (2015). *Reconstructing Lenin: An Intellectual Biography*. Monthly Review Press.
- Liebman, M. (1978). *El leninismo bajo Lenin*. Grijalbo.
- Lih Lars, T. (2006). *Lenin Rediscovered: ¿What Is to Be Done? in Context*. Brill.
- Le Blanc, P. (2016). *Lenin and the Revolutionary Party*. Haymarket Books.
- Lenin, V.I. (1978a). “Conferencia del PC(b)R de la provincia de Moscú”, en *Obras completas*, Tomo XXXIV. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978b). “VIII Congreso de toda Rusia de Soviets” en *Obras completas*, Tomo XXXIV. ECP/AKA,
- Lenin, V.I. (1978c). “La labor del comisariato del pueblo de instrucción pública”, en *Obras completas*, Tomo XXXIV. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978d). “Primer borrador del esbozo de tesis sobre los campesinos”, en *Obras completas*, Tomo XXXIV, ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978e). “X Congreso del PC(b)R”, en *Obras completas*, Tomo XXXV. España: ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978f). “Informe sobre el impuesto en especie pronunciado en una reunión de Secretarios y de representantes y reponsables de la célula del PC (b) de la Ciudad y de la provincia de Moscú”, en *Obras completas*, Tomo XXXV. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978g). “Reunión del Grupo Comunista del Consejo Central de Sindicatos de Toda Rusia” en *Obras completas*, Tomo XXXV. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978h). “A los camaradas comunistas de Azerbaidhán, Georgia, Armenia, Dagustán y de la República del Norte del Caúcaso”, en *Obras completas*, Tomo XXXV. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978i). “A la conferencia de obreros apartadisitas de la ciudad de Petrogrado”, en *Obras completas*, Tomo XXXV. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978j). “El impuesto en especie” en *Obras completas*, Tomo XXXV, España: ECP/AKAL.

- LENIN, V.I. (1978k). “Instrucciones del CTD (Consejo de Trabajo y Defensa) a las instituciones soviéticas locales” en *Obras completas*, Tomo XXXV. ECP/AKAL
- Lenin, V.I. (1978l). “X Conferencia de Toda Rusia del PC(b)R”, en *Obras completas*, Tomo XXXV. España: ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978m). “Los Sindicatos bajo la nueva política económica”, en *Obras completas*, Tomo XXXVI. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978n). “Condiciones de admisión de nuevos militantes”, en *Obras completas* Tomo XXXVI. España, ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978o). “XI Congreso del PC(b)R”, en *Obras completas*, Tomo XXXVI. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978p). “Discurso de la IV sesión del CEC de toda Rusia de la IX Legislatura”, en: *Obras completas*, Tomo XXXVI. ECP/AKAL.
- Lenin, V.I. (1978q). “IV Congreso de la Internacional Comunista”, en: *Obras completas*, Tomo XXXVI. ECP/AKAL.
- Lukacs, G. (1970). *Lenin: la coherencia de su pensamiento*. Grijalbo.
- Marx, K. (1974). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Grundrisse] 1857-1858*. Siglo XXI.
- Marx, K. (1979). *Imperio y colonia: escritos sobre Irlanda*. Cuadernos de Pasado y Presente.
- Marx, K. (2006). *Las revoluciones de 1848*. FCE.
- Martí, A. (1970) “Pequeño cantar a Lenin”. *Santiago: revista de la Universidad de Oriente*, 23.
- Moulian, T. (1980). *Cuestiones de teoría política marxista: una crítica de Lenin*. FLACSO.
- Muñoz, F. (1980). *Revolución sin dogma*. UAS.
- Musto, M. (2020). *Karl Marx 1881-1883: El último viaje del moro*. Siglo XXI.
- M.O.V. (s.f.) “Corrido de Lenin”. *El Gran Octubre y los mexicanos*, México, S./E, S/A.
- Negri, T. (2004). *La fábrica de la estrategia, 33 lecciones sobre Lenin*. Akal.
- Neruda, P. (1999). *Obras*. Losada.
- Núñez Tenorio, J. V. (1968). *Lenin y la revolución*. Revolución.
- Otero, M. (1970). Lenin y el quehacer teórico. *Cuadernos de Marcha*, (33).
- Pita Rodríguez, F. (1970). “Lenin”. *Unión*, 2.
- Ramos, S. (1970). “No hay que esperar cien años”. *Unión*, 2.
- Rodríguez, C. F. (1970). “Lenin y la cuestión colonial”. *Casa de las Américas*, 59.
- Rokha, P. (1970). Lenin. *Revista Estudios*, 55.

- Ivanchikova, A., y Maclean, R. (2023). *The future of Lenin: Power, Politics, and Revolution in The Twenty-First Century*. Harvard.
- Salem, J. (2010). *Lenin y la revolución*. Península.
- Sandoval, M. (2021). “Lenin desde América Latina: la reactivación del marxismo de la organización y la estrategia política”. *Intervención y Coyuntura*.
- Shanin, T. (1990). *El Marx tardío y la vía rusa*. Talasa.
- Sánchez Vázquez, A. (1980). *Filosofía de la praxis*. Grijalbo.
- Sebestyen, V. (2022). *Lenin: una biografía*. Ático de los libros.
- Stalin, J. (1979). *Los fundamentos del leninismo*. Editorial Eda.
- Starckenbaum, M. (2023). *Marta Harnecker: la pedagogía del marxismo*. Universidad Nacional General Sarmiento.
- Traverso, E. (2023). *Revolución: Una historia intelectual*. FCE.
- Tischler, S., y Bonefeld, W. (comp). (2002). *A 100 años del ¿Qué hacer?. Leninismo, crítica marxista y la cuestión de la revolución*. BUAP/Herramienta.
- Vidal Villa, J. M. (1976). *Teorías del imperialismo*. Anagrama.
- Veraza, J. (2022). *Para la crítica de las teorías sobre el imperialismo*. Ítaca.
- Zinoviev, G. (1977). “El leninismo”. *El gran debate. Cuadernos de pasado y presente*.
- Zizek, S. (2004). *Repetir Lenin*. Akal.



ATIK
editorial



ISBN: 978-9942-7331-1-5



9 789942 733115